LA VÍRGEN DE LA LORENA.

LA VÍRGEN DE LA LORENA,

DRAMA HISTÓRICO EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JUAN JOSÉ HERRANZ.

Estrenado en el Teatro del CIRCO el 10 de Noviembre de 1874.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18
1874.

PERSONAJES.	ACTORES.
JUANA DE ARCO	D.ª ELISA BOLDUN.
RAOUL DE GAUCOURT	D. RAFAEL CALVO.
DIONISIO LAXART	MARIANO FERNANDEZ.
PEDRO DAULON	RICARDO CALVO.
EL PADRE ISAMBERTO	DONATO JIMENEZ.
EL DUQUE DE ALENZON	RICARDO GUERRA.
JORGE LA-TREMOUILLE	JOSÉ IZQUIERDO.
FLAVIO	JOSÉ CAPILLA.
EL REY	ROMUALDO ROMERO.
UN CAPITAN BORGOÑON	N. CARRASCOSA.

Caballeros, gentes del pueblo y soldados al servicio del rey de Francia, del regente de Inglaterra y del duque de Borgoña.

La accion es en Francia, desde el año 1429 al 1431.

Á LA SEÑORITA DOÑA ELISA BOLDUN.

Si el cuadro tiene vida, yo hice el marco;
la figura es de usted: es Juana de Arco.

Juan José Herranz.

ACTO PRIMERO.

Sala en el palacio de Chinon de arquitectura bizantina y de forma ochavada: puerta en el fondo, que cuando se abre deja ver una galería espaciosa; puerta en la ochava derecha del fondo que conduce á la capilla del palacio, otra enfrente que da paso á las gentes que llegan de la calle, otra en primer término izquierda que se supone dar á un patio del palacio.

Una mesa, y junto á ella un sillon, donde han de sentarse, primero el rey y más tarde Flavio.

Dos panoplias con armas y banderas.

Por derecha é izquierda se entenderán las del actor.

ESCENA PRIMERA.

PEDRO y FLAVIO.

PEDRO. Salvo el respeto que debe
el soldado al superior,
digo que no venceremos
al inglés y al borgoñon
si no dirige las huestes
de la Francia el mismo Dios.

FLAVIO. ¿Solo te infunde esperanza
la divina proteccion?
¡Y eres valiente!

PEDRO. Por eso

lucho siempre con valor;
tengo fé y amo á mi patria,
y si fueran como yo
los arqueros que le restan
á nuestro rey y señor,
no agobiaran este suelo
las armas de la invasion.

FLAVIO. ¿Y á qué vienes á la córte,
imberbe batallador?

PEDRO. Yo vengo porque me manda
el señor de Richemond.

FLAVIO. Hace mal en desprenderse
de un guerrero tan precoz;
guerrero que, por las muestras,
ha de infundir el terror
en los ejércitos dueños
de esta espirante nacion,
y ha de vencer al regente
inglés duque de Bedford,
despues de haber derrotado
á Gladescal y Talbot,
y ser amo de los condes
de Warvick y de Suffolk.

PEDRO. Yo soy un pobre soldado;
tengo una vida y la doy
por el amor de la patria,
mas el ser que me inspiró
el entusiasmo guerrero
que agita mi corazon
puede prender á los condes
de Warvick y de Suffolk,
puede vencer en el campo
á Gladescal y Talbot,
y puede arrojar de Francia
al gran duque de Bedford.

FLAVIO. ¿Qué ser hará esos milagros
del rey y la patria en pró?

PEDRO. Una mujer.

FLAVIO. ¡Qué! No tiene
tanto poder el amor.

PEDRO. Dios lo puede todo: y ella
está inspirada por Dios.

FLAVIO. ¡Ah! ¿Dios le inspira sus planes
y ella te inspira valor?
PEDRO. Cierto.
FLAVIO. ¡Y tú, pobre demente,
solo inspiras compasion!
PEDRO. Esto es locura.
FLAVIO. Risible.
PEDRO. ¡Loco! No sé si lo estoy;
mas vos, señor capitan,
que sois hombre de razon,
comprendereis que en la lucha
puede mostrar más ardor
que muestran los mesnaderos
para ganar su racion,
un ejército de locos
con fé, esperanza y honor.
FLAVIO. Ve lo que dices, soldado.
PEDRO. Siento si os hiere mi voz,
pues hablo con la rudeza
propia de mi condicion.
FLAVIO. No tan rudo que no aciertes
á expresarte con calor.
PEDRO. Habla por mí el entusiasmo:
á hablar así me enseñó
Juana.
FLAVIO. Tu locura es cierta.
PEDRO. Quizás; mas si loco soy
quiera Dios que Juana de Arco
vuelva loca á mi nacion.

ESCENA II.

PEDRO, FLAVIO, GAUCOURT y LA-TREMOUILLE.

LA-TREM. ¡Seguís en la córte, Flavio!
FLAVIO. Señor, yo tan solo espero
para marcharme el dinero
que me ofreció vuestro labio.
LA-TREM. ¡Dinero! ¿Si quereis vales?...
FLAVIO. Ah, señor! no hacen jornadas
si no cobran sus mesadas
mis mesnaderos leales.

De guerra y amor empeños
quieren metal acuñado,
que la mujer y el soldado
suelen ser muy pedigüeños.

LA-TREM. Ved que se halla empobrecido
este reino.

GAUC. Ved que el rey...

FLAVIO. La necesidad es ley:
me piden dinero y pido.

LA-TREM. No concede moratoria
el ejército comprado.

GAUC. ¡Y no hay en Francia un soldado
que combata por la gloria!

PEDRO. (Que se ha mantenido á distancia, se acerca audazmente.)
Perdonad, nobles señores,
que no resista esa ofensa
quien morir quiere en defensa
del suelo de sus mayores.

LA-TREM. ¿Qué dice?

FLAVIO. Trae una mision
del condestable...

LA-TREM. (Alargando la mano.) Ya espero.

PEDRO. ¿Sois acaso el caballero
noble duque de Alenzon?

FLAVIO. El señor Tremouille abarca
más que él.

GAUC. Y en oirte consiente.

FLAVIO. Es del palacio intendente
y privado del mocarca.

PEDRO. Sé respetar su poder;
mas el pliego que me abona
es para el duque en persona
y lo debe él solo ver.

GAUC. Ved que es un rudo soldado.

LA-TREM. Que no vuelva á importunar
á quien tiene que tratar
graves negocios de estado.

FLAVIO. Vete con tu comision.
(Daulon saluda respetuosamente y se dispone á salir de escena.)

LA-TREM. ¿Cómo se llama?

Flavio. (Llamándole.) El del pliego.
Pedro. (Volviéndose á La-Tremouille.)
Yo soy hijo de un labriego;
me llamo Pedro Daulon.

ESCENA III.

GAUCOURT, LA-TREMOUILLE y FLAVIO.

La-Trem. Es altivo.
Flavio. No os asombre
su altivez impertinente.
Gauc. Las trazas son de valiente.
La-Trem. Flavio, ¿conoceis á ese hombre?
Flavio. Ántes hablamos los dos,
y aunque le escuché sin gana,
me dijo que una tal Juana,
que está inspirada por Dios,
alentando sus pasiones
le ha enseñado desde niño
á tener al rey cariño
y odiar á los borgoñones.
La-Trem. Seguid á ese pobre loco.
Flavio. Si lo quereis...
La-Trem. Os lo mando.
Flavio. En serviros voy ganando...
La-Trem. Mi proteccion.
Flavio. Pues no es poco.

ESCENA IV.

GAUCOURT y LA-TREMOUILLE.

La-Trem. La mision tiene importancia,
Gaucourt.
Gauc. ¿Pensais?
La-Trem. Por lo ménos,
puede ofender á los buenos
generales de la Francia.
Gauc. ¿Conoceis lo que contiene
ese pliego?
La-Trem. Odio respira;

pues sabiendo quién inspira
á Pedro, sé á lo que viene.

GAUC. Hablad; no me oculteis nada,
que os escucho atento.

LA-TREM. Ayer
llegó a Chinon la mujer
que dice estar inspirada
por Dios para hacer la guerra
y librarnos del dominio
que ha sembrado el exterminio
en esta abatida tierra.

GAUC. Mas decidme lo primero
quién es ella.

LA-TREM. Es cosa llana
que debe ser esa Juana
de quien habló el ballestero.

GAUC. ¿La habeis visto?

LA-TREM. No, Gaucourt;
no ha logrado que la atienda,
por más que la recomienda
el capitan Baudricourt.

GAUC. Será una mujer perdida.

LA-TREM. (Ah! su vanidad le ofusca.)

GAUC. Pero ¿qué ganancias busca
Richemond en la partida?

LA-TREM. El condestable no os ama;
muy al contrario, parece
que os odia, que os aborrece,
porque envidia vuestra fama;
hoy encuentra la ocasion
que ayer encontrar no pudo,
y prepara un golpe rudo
á vuestra reputacion.
Vos, La Hire y otros valientes,
que la lucha sosteneis,
por más esfuerzos que haceis
no podeis levantar gentes,
y el buen Richemond procura
probar en estos asuntos
que no valeis todos juntos
lo que una chicuela oscura.

GAUC. Pero eso no puede ser;

yo aseguro por mi nombre...
LA-TREM. No os humilla con un hombre
sino con una mujer.
GAUC. ¿Qué mujer tiene ardimiento
para eso?
LA-TREM. Una aventurera,
una loca, una hechicera...
¿qué sé yo?
GAUC. ¿De ese instrumento
se vale?
LA-TREM. ¿Sentís temor?
GAUC. ¡Yo!
LA-TREM. Temible es la asechanza,
porque la hermosura alcanza
lo que no alcanza el valor.
Entre una mujer hermosa
y un hombre rudo y formal,
la eleccion de general
no es para el pueblo dudosa.
(Con sonrisa incrédula.)
Sin contar que de ella á vos
hay esta enorme distancia;
vos servís al rey de Francia,
ella sirve al mismo Dios.
GAUC. Me choca en Richemond esa
premeditada perfidia.
LA-TREM. (Necio: tu orgullo y tu envidia
me ayudarán en mi empresa.)
GAUC. Mas si una mujer inerme
consigue con su atractivo
hacer que despierte vivo
el amor patrio que duerme,
Richemond mismo se infama.
LA-TREM. Él siempre tendrá el honor
de haber sido protector
del ídolo que se aclama.

ESCENA V.

GAUCOURT, LA-TREMOUILLE y el REY.

REY. Dejas solo al rey de Bourges,

como dice el extranjero.
LA-TREM. Vuestra alteza me perdone
si le abandoné un momento,
porque le juzgué ocupado
en más grato pasatiempo
que hablar de hombres y mesnadas,
de recursos y armamento.
GAUC. Aunque el Rey caiga en desgracia,
siempre á su lado estaremos.
LA-TREM. Las desgracias de los reyes
pueden soportarse.
GAUC. Cierto.
REY. ¡Cómo, Jorge! ¿es ya llegada
la ocasion de los consuelos?
LA-TREM. Aún reinais y reinareis.
Pero es, señor, que recuerdo
cómo la nacion inglesa
que devasta nuestro suelo,
supo halagar al rey Juan,
á quien tuvo prisionero.
REY. Eso es verdad, mas yo aquellas
atenciones no merezco,
que el rey Juan cayó en Poitiers
batallando como bueno,
y yo vivo en mi palacio
mientras incendian mis pueblos.
LA-TREM. Si vuestra alteza perdiese
la vida en cualquier encuentro,
no quedaba ya esperanza
de salvacion para el reino.
REY. Triste monarca, nacido
para la paz y el sosiego,
no sé conducir en guerra
la riendas de mi gobierno!
LA-TREM. Tratad de que la tristeza
no socabe vuestro cuerpo.
GAUC. Si no salvamos la patria,
será que Dios tiene empeño
en hundirla, y contra Dios
no vence el humano esfuerzo.
LA-TREM. Engólfese vuestro espíritu
en las fiestas que prevengo.

y acaso halleis la victoria
como quien vuelve de un sueño.
REY. Tan cariñosos cuidados
con toda el alma agradezco,
mas...
LA-TREM. Habrá una cacería
el jueves con todo el régio
aparatato que conviene
á monarca tan excelso.
REY. Gracias, gracias, La Tremouille.
LA-TREM. Y para mayor recreo,
asistirán á la fiesta
las damas de más respeto
y más bellas de la córte.
REY. Gaucourt será de los nuestros?
GAUC. Si se cazáran ingleses.
LA-TREM. (¡Alenzon!)
GAUC. (¡El ballestero!)

ESCENA VI.

DICHOS, ALENZON y PEDRO.

REY. No ha de faltar Alenzon
á la fiesta que en mi obsequio
dispone Jorge.
ALENZ. (¡Más fiestas!)
REY. El jueves.
ALENZ. Estaré lejos
de Chinon, si mi rey quiere
acceder á mis deseos.
REY. Siendo su pasion la caza
se aleja.
LA-TREM. (Afectando sentirlo.) Será uno ménos.
ALENZ. ¿Hay el jueves cacería!
¡El domingo hubo torneo!...
Señor, no puede perderse
más alegremente un reino.
LA-TREM. ¿Qué decís, duque? ¡Al monarca
así faltais al respeto!
ALENZ. No es el rey, es La-Tremouille
sólo quien entiende en esto.

REY. Me fatigan las discordias,
y hallo luchas hasta dentro
de mi palacio.

GAUC. Es que el duque
ofende á todos los buenos
servidores del monarca.

ALENZ. ¿Juzgais que callarme debo
y concurrir con la córte
á fiestas y devaneos,
cuando Orleans va á sucumbir,
por no recibir refuerzos,
á manos de los ingleses
que le tienen puesto cerco?

REY. Calla.

ALENZ. ¿Cuando en Francia apenas
queda un palmo de terreno,
que no ocupen con sus armas
las gentes de Enrique sexto?
¿Cuando el duque de Borgoña,
queriendo vengar un yerro,
hace la guerra en su patria
al lado del extranjero?

REY. En vez de agobiar al rey,
mira si tienen remedio
tantas desdichas.

ALENZ. Señor,
hoy he recibido un pliego,
en que Richemond, mi amigo,
me habla del descubrimiento
de una mujer que asegura,
llena de piadoso celo,
que con ayuda de Dios
conservará vuestro cetro.

REY. ¡Una mujer!

ALENZ. Bella y jóven.

GAUC. Ha de hacer lo que no han hecho
valerosos generales?

LA-TREM. No deis crédito á los sueños.

ALENZ. Una mujer, si es hermosa
y tiene fe y ardimiento,
puede infundir con sus actos
entusiasmo en este pueblo,

que cansado y dividido
batalla en bandos opuestos.

GAUC. ¿Y quién dice que esa loca?...

ALENZ. Escuchad al mensajero
de Richemond.

LA-TREM. ¡Vos quereis
que oiga el monarca sus cuentos!

REY. Deja que hable, La-Tremouille,
me interesa este suceso.

PEDRO. Á los piés de vuestra alteza
debo exponer con respeto
que en un valle de la Francia
que baña el Meuse, en el pueblo
de Domremy hay una jóven
tan pura de alma y de cuerpo,
que por hablarle á la tierra
bajan los santos del cielo.
Solitaria y silenciosa
como quien guarda un secreto,
dudando si es halagüeña
esperanza del deseo,
ha vivido desde niña
en lucha con los ensueños
de libertar por su brazo
la patria de sus abuelos;
pero de tal modo aumenta
del inglés el desenfreno,
que su creciente entusiasmo
ha roto ya su silencio;
afirma que es emisaria
de las glorias de este reino,
y sus palabras convencen,
y presta valor su aliento,
y animando sus promesas
á niños, mozos y viejos,
juran librar á esta tierra
del yugo de los isleños.

REY. ¿Qué me dices, La-Tremouille?

LA-TREM. Señor, que un loco hace ciento;
pero no hace los que faltan
para vencer, y no es cuerdo
fiar la salvacion del trono

á recurso tan extremo.

GAUC. Capitanes tiene Francia
que elevan fervientes ruegos
á Dios, para que proteja
al ejército en su empeño.

LA-TREM. Vos, Dunois, La Hire, Xaintrailles..

REY. (Dirigiéndose á Gaucourt.)
Nunca olvido lo que os debo.

ALENZ. Cuando los sabios no pueden
dar la salud á un enfermo,
no se rechazan las yerbas
que prepara un curandero.

LA-TREM. ¿Qué dijérais del monarca
vos mismo, si en el momento
diera el mando de sus tropas
á una mujer?

ALENZ. Yo pretendo
tan solo que el Rey al punto
me dé su consentimiento
para ir en busca de Juana
á Domremy.

REY. ¿Irás tan lejos?

LA-TREM. (Ap. á Gaucourt.)
(¡No saben que está en Chinon!)

GAUC. Es razonable el proyecto.

ALENZ. Aspiro á saber de fijo
si esa doncella es un genio
superior.

REY. Si está inspirada...
Debieras marcharte presto.
¿No es verdad? (Á La-Tremouille.)

LA-TREM. Con vuestra alteza
me encuentro siempre de acuerdo.

ALENZ. Saldremos hoy de la córte.

REY. Vais á correr grandes riesgos.

GAUC. Dios les protege.

LA-TREM. Cuidad
no os engañe vuestro celo,
pues temo que en este asunto
pueda el demonio andar suelto.

REY. Buena suerte. (Á Alenzon.)

ALENZ. Á vuestras plantas.

La-Trem. (Le alejamos.) (Ap. á Gaucourt.)
Gauc. (Id. á La-Tremouille.) (Venceremos.)

ESCENA VII.

ALENZON, GAUCOURT y PEDRO.

Pedro. Ah, gran señor, ya alienta mi esperanza,
pues si llegais á ver á la doncella,
como ella es superior á mi alabanza,
encontrareis la salvacion en ella.
Alenz. ¡Quién tuviera tu fe! ¿Te causa espanto
que dude?
Gauc. El de su santo
la fe heredó con creces.
Pedro. Yo no tengo de Juana ni una duda.
Gauc. San Pedro, de Jesús, dudó tres veces.
Pedro. Señor, no vacileis. (Á Alenzon.)
Alenz. Vive tranquilo.
Ántes me viste defender tu idea,
y aunque dudas me asalten,
ni un momento vacilo
en tomar el camino de tu aldea.
Pedro. Sí, gran señor, partamos sin demora,
y tengo por seguro
que será para Francia la pastora
como la luz del sol que el mundo baña
é ilumina el espacio,
despertando al labriego en su cabaña
y al rey en su palacio.
Gauc. ¡Á censurar al rey se atreve el necio!
Si yo no conociera su locura,
pagára su locura á mucho precio.
Alenz. Perdonadle; yo haré que se reporte.
Gauc. ¿Pretende por ventura
deslumbrar á los grandes de la córte?
Si puede esa mujer embaucadora
señalar su destino
al pobre campesino
que iluso y ciego su belleza adora,
no ha de hallar en Chinon eco la ofensa
que al ejército infiere la villana:

ni una voz ha de alzarse en su defensa.
(Se oyen voces dentro.)

ALENZ. ¿Qué dice ese rumor?

PEDRO. (Se acerca á la ventana y con sorpresa y alegría dice:)
¿Qué? ¡viva Juana!

ALENZ. Yo no acierto...

GAUC. (El enredo el diablo teje.)

VOCES. ¡Viva Juana! (Dentro.)

PEDRO. Señor, Dios nos protege.

ESCENA VIII.

ALENZON y GAUCOURT.

ALENZ. Vos mismo estais confuso;
por más que lo sentís pensais que acaso
no es Daulon un iluso
y Juana puede ser la nueva aurora
de esta nacion hundida en el ocaso.

GAUC. ¿Juzgais que á mí me ciega el mismo velo
que cubre vuestra vista?

ALENZ. En este paso
yo empiezo á ver la proteccion del cielo.

ESCENA IX.

ALENZON, GAUCOURT, JUANA, PEDRO y DIONISIO.

PEDRO. Sí, que el cielo nos manda á la doncella.

ALENZ. Mujer más seductora
nunca en la tierra ví.

GAUC. ¡Porque es tan bella!

JUANA. Perdonad la altivez, nobles señores,
de la pobre pastora
que de su albergue mísero se ausenta,
y hollando luégo cortesanas leyes
osada se presenta
en la augusta morada de los reyes.

DION. (Pedro, nos van á echar de estos salones.)

PEDRO. Callad.

ALENZ. Encuentro tu lenguaje extraño.
¿Algun libro has leido?...

JUANA. Señor, nunca he sabido
más que rezar devotas oraciones
y conducir al prado mi rebaño.

ALENZ. Dime, ¿has cruzado sola ese camino
erizado de lanzas?

JUANA. No; que me acompañaban mi padrino,
mi fe y mis esperanzas.

GAUC. ¿Y cuáles son tus esperanzas locas?

JUANA. Que al decir á mi pueblo sus deberes,
los hombres, las mujeres,
los árboles, las rocas,
humillen de Inglaterra la arrogancia
diciendo: «Somos Francia.»

GAUC. Pobre mujer, ¿qué entiendes tú de guerra?

JUANA. Señor, yo iré delante;
seguirán mi bandera los arqueros
y hará Dios que la tierra
en donde pise mi corcel triunfante,
no la vuelvan á hollar los extranjeros.

ALENZ. Entusiasmo respira
y está del triunfo cierta.

PEDRO. Su fe valor inspira.

DION. (La escucho siempre con la boca abierta.)

GAUC. Si el Ser Omnipotente
quisiera con sus fuerzas vencedoras
inclinar la victoria á nuestro lado,
diera su auxilio al general creyente
que le dice este ruego á todas horas:
«Haced por mí lo que por vos yo hiciera,
si vos fuéseis La Hire y yo Dios fuera.»

JUANA. ¿Y quién sabe, señor, si es atendida
esa oracion del general de fama,
y yo, débil mujer, soy la elegida
para darle el auxilio que reclama?

GAUC. (Con ironía.)
¡Ah! ¿por tí Dios á su demanda accede?
¡Tanto orgullo infernal tu cuerpo encierra!

JUANA. Ved que todo lo puede
el Señor de los cielos y la tierra.

GAUC. Á la tierra y al cielo desafía
tu audacia incomparable.

JUANA. Me asegura

Dios que ha de iluminar el alma mia.
GAUC. Calla, oscura mujer.
JUANA. Mujer oscura
fué la vírgen María,
y es de los pecadores el consuelo,
madre del Hacedor, reina del cielo.
GAUC. ¿No escuchais? ¡Á la Vírgen se compara!
ALENZ. No interpreteis, Gaucourt, de esa manera
sus palabras.
PEDRO. (Á Dionisio.) (El duque ya la ampara.)
DION. (El otro es más amargo que el baladre.)
JUANA. Dios que con su poder hizo que fuera
una vírgen su madre,
puede hacer de su esclava lo que quiera.
PEDRO. ¿Qué pensais, mi señor?
ALENZ. Seré su abrigo,
su protector seré.
PEDRO. No tiene tacha.
DION. Eso es lo que yo digo;
¿de dónde sabe tanto esta muchacha?
GAUC. (Disponiéndose á salir de escena.)
Protegedla, mas ved que soy testigo
de su lenguaje herético y blasfemo.
JUANA. ¡Blasfema yo, señor!
ALENZ. Cobra tu calma.
JUANA. ¡Hereje yo que no hallo otros encantos
que los que goza el alma
amando á Dios, la Vírgen y los santos!
DION. (Cuando ella sufre á mí me ahoga la pena.)
GAUC. Vírgen de la Lorena,
acaso del martirio halles la palma.
ALENZ No os lleve la pasion á tal extremo.
GAUC. (Si es falso su poder, ¿por qué la temo?)

ESCENA X.

JUANA, ALENZON, PEDRO y DIONISIO.

DION. (Dirigiéndose á Pedro y procurando que le oiga Alenzon.)
Ya que el señor nos protege,
dile que es gente cristiana

la del pueblo y que no ceje,
que en la familia de Juana
no hemos tenido un hereje.

ALENZ. Buen hombre, bien, no se apure.

JUANA. (Á Dionisio.) Veis que yo sigo tranquila.

PEDRO. (Á Alenzon.) No extrañeis que se apresure
á defenderla.

DION. Y que jure
que yo la tuve en la pila.

PEDRO. Tiene el corazon de roca
quien dude...

JUANA. Calle tu boca
lo que yo escuchar no quiero,
porque mi padre el primero
me llama hechicera y loca.

ALENZ. ¿No halla tu padre cristianos
tus proyectos?

JUANA. Pena aguda
siente por no hallarlos sanos,
y agobia la misma duda
á mi madre y mis hermanos.

ALENZ. De tus palabras se infiere
que de tu casa has huido
con este hombre!

JUANA. Dios lo quiere:
él hará que recupere
más tarde mi bien perdido.

DION. Sí señor, ha habido un cisma
en su casa.

JUANA. Y no me abisma
ver que dudan los extraños:
he tardado muchos años
en convencerme yo misma.

ALENZ. No será alucinamiento...

JUANA. Dios me marca mi destino;
yo lo noto, yo lo siento,
y un rayo del sol divino
alumbra mi pensamiento.
De mi vida en los albores,
cuando en el alma desierta
brotan las primeras flores,
y á los tibios resplandores

de la razon que despierta,
arder la guerra veía
y rogaba noche y dia
á Dios y á la Vírgen pura
que dieran paz y ventura
á la pobre patria mia.
Siguió mi cuerpo creciendo;
siguió mi labio rezando;
siempre Inglaterra venciendo,
y siempre Francia llorando
los pueblos que iba perdiendo.
Para alivio de mis males
advertí que los sonidos
de las cosas terrenales
llegaban á mis oidos
con acentos celestiales.
La campana de la queda,
el agua que corre mansa
y al mar perezosa rueda;
y el viento que en la arboleda
de sus fatigas descansa,
hablaban al corazon,
y alentando mi pasion
con su voz dulce y oscura,
daban fervor y ternura
á mi contínua oracion.
Y tuve visiones luégo;
ví con formas sobrehumanas
el viento, el agua y el fuego,
y dijeron las campanas,
«Dios ha escuchado tu ruego.»
Veía un cetro refulgente
en las ascuas de mi hogar,
y al contemplarme en la fuente,
miraba sobre mi frente
una corona brillar.
Cuando iba á misa á la ermita
veía á Santa Margarita
alentar mi rezo fiel,
y al arcángel San Miguel
blandir su espada bendita.
Luciente como una estrella,

sobre un caballo y triunfante,
contemplaba á una doncella;
me fijaba en su semblante
y era yo la niña aquella.
Si, yo me ví vencedora
con cielo nublado y raso,
en las tintas de la aurora
y en esas nubes que dora
el sol que vuelve al ocaso.
Ví unida la patria entera
con la fe que regenera;
la ví vencer sin encono,
y ví al pueblo, al rey y al trono
cubiertos con mi bandera.
Y el viento en los encinares
con voz templada y sonora,
entonó dulces cantares
á la fe de la pastora
y á la paz de los hogares.
Esto veo, escucho y siento
á toda hora; decid vos
si este ser sin valimiento
puede dudar un momento
de la voluntad de Dios.

ALENZ. No sé si eres una santa,
mas tu conviccion encanta,
tu esperanza da valor
y tu acento seductor
el espíritu levanta.
Por tí á la Francia veré
volver los ojos al cielo
para que apoyo le dé,
y Dios no niega el consuelo
al pueblo que tiene fe.

PEDRO. ¿Veis, señor? Como ella indica
sólo milagrosamente
su oculto poder se explica.

DION. Por eso oyendo á esta chica
yo me vuelvo hasta valiente.

ALENZ. Es preciso ántes que nada
evitar una emboscada.

PEDRO. ¿Y cómo?

ALENZ. Los dos os vais
á la plaza y animais
á esa gente congregada.

DION. Pero, señor, yo no valgo
para eso.

ALENZ. Tenga entereza.

PEDRO. Vos, señor Duque, haced algo
por mover á la nobleza.

ALENZ. (Viendo entrar en escena á La-Tremouille y procurando alejar á Pedro y Dionisio.)
Detrás de vosotros salgo.

ESCENA XI.

JUANA, ALENZON y LA-TREMOUILLE.

LA-TREM. Llegó la doncella á punto
de evitaros el viaje.

ALENZ. Y de evitar á la patria
sin duda mayores males
que los que me produjera
un viaje inútil.

LA-TREM. Rogadle
que no esté tan alejada,
que ponga en juego sus artes.

ALENZ. Aquí tienes al señor
de La-Tremouille, personaje
de la más alta importancia
en la córte.

JUANA. Dios le guarde.

TA-TREM. Acércate, no me temas,
que yo no hago daño á nadie.
¿Acaso de mí te dieron
malos informes tus ángeles?

JUANA. (Despreciando las chanzonetas.)
Si en el empeño que traigo
quereis, señor, ayudarme,
podeis al rey y á la patria
hacer un favor muy grande,
mas si os burlais de mi empresa
y me despreciais, dejadme,
que Dios me abrirá camino

y podré, como me ampare,
librar el suelo en que duermen
los restos de vuestros padres.

La-Trem. Si tienes tan alto apoyo
no necesitas buscarte
ningun otro.

Alenz. Pero debe
ganarse las voluntades
de los nobles que aconsejan
las decisiones reales.

La-Trem. Como ella conoce al rey...

Juana. Nunca le tuve delante
de mi vista más que en sueños.

La-Trem. Pues no le has visto esta tarde
acompañado de Flavio
el capitan.

Juana. Si lograse
verle ¿qué mayor fortuna?

La-Trem. (Siempre es bueno asegurarse.

Juana. Mi buen rey acogería
mis esperanzas leales.

La-Trem. ¡Le piensas embaucar!

Juana. Nunca
he dicho más que verdades.

La-Trem. Hija, los más sabios yerran
muchas veces y ¿quién sabe
si vivirás engañada?

Alenz. Si fuerra así, respetarse
debiera el error nacido
de patriotismo que arde
en su pecho.

La-Trem. ¿Y si obedece
á manejos infernales
su ciencia? Veis que se turba.

uana. Por vos en cuya alma cabe
creer en el poder del diablo
y dudar de Dios.

La-Trem. No trates
de evadirte: se ha dispuesto
que ahora á la capilla pases
á contestar las preguntas
de doctores respetables.

ALENZ. ¿Que son?
LA-TREM. Aimerí, Seguin
y otros sabios.
JUANA. Señor, ántes
dijísteis que á veces yerran.
ALENZ. ¿Y cuando será el exámen?
LA-TREM. En seguida.
ALENZ. ¿Esos doctores
me dejarán que acompañe
á la doncella?
LA-TREM. Lo ignoro,
pues no tengo arte ni parte
en esto.
ALENZ. Juana, no temas.
JUANA. Santos del cielo, inspiradme.

ESCENA XII.

LA-TREMOUILLE.

Esto puede echar por tierra
mis planes, aunque mi hermano
me una con secreta mano
al regente de Inglaterra
y yo domine al monarca,
todo se puede perder
si realiza esa mujer
lo que su talento abarca.
Me opondré, mas con taimados
recursos; que aun á los mios
choca que mis señoríos
hayan sido respetados.
De mis lazos no te evades...
¡Me vienes á molestar
ahora que pienso ensanchar
mis feudos y propiedades!
Mi ambicion es un abismo
sin fondo. ¡Si álguien supiera!...
¡Ah, corazon, no quisiera
saber tu ambicion yo mismo!

ESCENA XIII.

LA-TREMOUILLE y GAUCOURT.

Gauc. ¿Y Juana?
La-Trem. Cada vez más
os preocupa! Hace un instante
fué á la capilla.
Gauc. Triunfante
la sacará Satanás.
La-Trem. Si en ese recurso fía
no responderá un vocablo,
porque pienso que el diablo
no entiende de teología.
Gauc. ¡Ah! Con su poder funesto
es mi víctima y mi juez,
pues advierto que á la vez
me subyuga y la detesto.
La-Trem. No temais, que aun cuando ahora
triunfára, queda una nueva
asechanza, y de esa prueba
no ha de salir vencedora.
Gauc. ¿Hablais del papel que Flavio
ha de hacer?
La-Trem. Con su comparsa.
Gauc. Mas pienso que en esa farsa
se infiere al Rey un agravio.
La-Trem. Como él entró en el convenio...
Gauc. ¡El Rey acepta la idea!
La-Trem. Tambien su alteza desea
saber si Juana es un genio.
Gauc. El recurso es oportuno,
mas puede ofrecerle un goce
si á Flavio ó al Rey conoce.
La-Trem. Ni al Rey ni á Flavio: á ninguno.
Gauc. ¿Y el capitan dice?
La-Trem. Amen.
Gauc. Hará su papel formal.
La-Trem. Pues ántes nos sirvió mal,
ahora nos servirá bien.
Gauc. Sois astuto.

LA-TREM. Y me consagro
al bíen de mi Rey.
GAUC. Mañana
se verá libre de Juana.
LA-TREM. Como ella no haga un milagro.
(Se oye ruido fuera.)
GAUC. No hay ya quien esto resista.
¿Ois al pueblo que la espera?
LA-TREM. Que entre, así la Francia entera
presenciara la entrevista.

ESCENA XIV.

DICHOS, PEDRO, DIONISIO y PUEBLO.

PEDRO. Perdon demanda el pueblo que atrevido
interrumpe á los nobles consejeros
del Rey, mas ha sabido
que de salvar la patria hay esperanza
venciendo á los soldados extranjeros,
y entusiasmado avanza
á decir al monarca cuánto encono
siente por Inglaterra,
é hincando humilde la rodilla en tierra
ofrecerle la vida por el trono.
LA-TREM. Cediendo de la suerte á los embates
debe salvarse á veces la distancia
que separa del pueblo á los magnates;
por eso al ver la situacion de Francia
gozo hallando en el pueblo tales muestras
de patriótico anhelo,
pues las penas y glorias de este suelo
son suyas como nuestras.
DION. (¡Bien habla este señor!)
PEDRO. (Vereis sus obras.)
GAUC. Tanto como el marasmo,
pueblo dormido que tu aliento cobras,
puede perjudicarte el entusiasmo.
LA-TREM. Lleno de pátrio amor, juzgo preciso
que ántes de dar el Rey el paso grave
de entregar el ejército sumiso
á una mujer, se pruebe en cuanto cabe,

si esa mujer delira
y si es Dios ó el demonio quien la inspira.
GAUG. Otra cosa exigir locura fuera;
por eso aquí debeis estar de modo
que ocurra lo que quiera,
mireis los hechos y calleis á todo.
LA-TREM. Sufrir debe otro ensayo
su inspiracion ó positiva ó vana.
DION. (Dale: la pobre Juana
va á resistir más pruebas que un mal sayo.)
GAUC. No hareis siquiera de sorpresa extremos.
LATREM. ¿Lo prometeis así?
PEDRO. Lo prometemos.

ESCENA XV.

DICHOS, JUANA Y ALENZON.

GAUC. (Me irrita y me confunde.)
PUEBLO. (Csntemplándola con admiracion.)¡La doncella!
LA-TREM. Teneis aire triunfante. (Á Alenzon.)
ALENZ. Es que vuelve á brillar la nueva estrella
de la patria que adoro, y Dios mediante,
muy pronto el pueblo mio
recobrará su fama y poderío.
LA-TREM.¡Quien tanta fe atesora
y tanto honor profesa
debe fundar en mucho su promesa.
ALENZ. He visto á esa pastora
desenvolver los puntos
que doctores de fama han elegido,
y vengo convencido
de que ella sabe más que todos juntos.
LA-TREM. Quiera Dios hacer justa esa alabanza,
y que en término breve
se pueda realizar vuestra esperanza.
(Ap. á Alenzon.)
(Mas es preciso que otra vez se pruebe
su inspiracion.) Gaucourt, si el Rey da au-
llevaremos á Juana á su presencia. [diencia
JUANA. Ese es mi único anhelo,
y desde Domremy cruzando villas

para poder lograr tanto consuelo,
hubiera hecho el camino de rodillas.

GAUC. (Se ha dirigido pausadamente al fondo del teatro.)
(Noto que la conciencia me remuerde.)
(Levanta una de las cortinas que separan un salon de otro, y dice con voz trémula y tratando de imponerse.)
El mismo Rey se acerca con su corte.

JUANA. ¡Ah, por fin va á cumplirse mi deseo!

ESCENA XVI.

DICHOS, FLAVIO, el REY y CABALLEROS DE ACOMPAÑAMIENTO.

Se abren las cortinas y entra en escena Flavio con insignias reales, seguido de varios caballeros, entre los cuales se oculta el Rey, de modo que no pueda descubrirle el público. Flavio se sienta en el sillon que ántes ocupó el Rey.

LA-TREM. (No puede rechazarle por su porte.)

ALENZ. (Ap. á La-Tremouille.)
¡Ah qué infamia!

LA-TREM. (Muy quedo.) Si no callais, se pierde.

PEDRO. (¡Flavio! ¡Si lo estoy viendo y no lo creo!)

JUANA. (Se acerca á Flavio con los ojos bajos, y habla con grandísima humildad; despues alza la vista y hace una transicion muy marcada en el sitio que el diálogo indica.)
Mis lágrimas, señor, vuestros piés bañan
demandando perdon... ¡Pero qué veo!

FLAVIO. ¿Quién es esta importuna
que se atreve á llegar hasta mi trono?
Que la castiguen sin piedad alguna.

JUANA. (Ese desprecio, el tono
con que me habló... Mis ojos no me engañan.)
No es el Rey en persona
quien está aquí presente.
¡Miserable! Soltad esa corona
que se está deshonrando en vuestra frente.

DION. (Ap. á Pedro.)
¡Se perdió! ¡Pobrecilla!
PEDRO. No: se ha salvado.
ALENZ. (Á La-Tremouille.) (¿Veis cómo os humilla?)
JUANA. He de hablar á mi rey aunque esté oculto
de la tierra en el centro.
FLAVIO. (Está entre avergonzado y sorprendido: se rehace y dice:)
Yo vengaré el insulto.
REY. La fe en sus ojos brilla.
JUANA. Gracias os doy, señor; por fin le encuentro.
(Las gentes que hay en escena abren paso al Rey, que se hallaba en último término, y se presenta á los ojos del público.)
DION. (Pues yo caigo en el lazo.)
JUANA. Rey del suelo en que ví la luz del dia:
Dios que elige mi brazo
para mandar las huestes, me confía
el encargo de alzar al pueblo entero
y derrotar la horrible tiranía
del déspota extranjero.
Con el divino auxilio haré la guerra
arrojando al inglés de zona en zona,
y el cetro os volveré de vuestra tierra
lo mismo que os devuelvo esta corona.
REY. Ya no debo dudar; el cielo amigo
acude á esta nacion atribulada;
ángel de redencion, toma mi espada
para vencer con ella al enemigo.
JUANA. Este honor me predice mi fortuna:
(Empuñando la espada.)
prometo devolvérosla triunfante
sin que haya derramado sangre alguna.
DION. ¡Si su padre la viera en este instante!
ALENZ. Yo seré el caballero
que brille junto á Juana en la pelea!
PEDRO. Rey y señor, mi corazon desea
que consintais en que á su frente ciña
el casco un ballestero
que ha conocido á Juana desde niña,
y quiere en su ambicion ser su escudero.
(Á una señal del Rey le pone el casco á Juana.)

REY. Que alegren el espacio
las sonoras campanas de palacio.

LA-TREM. (Con su entusiasmo mi poder derriban.)

JUANA. ¡Viva el Rey!

REY. ¡Viva Juana!

VOCES DEL PUEBLO. ¡Vivan!

OTRAS. ¡Vivan!

(Se oyen campanas al vuelo.)

JUANA. Dadme una enseña y volaré á la gloria.

ALENZ. (Entregándole un estandarte blanco, flordelisado de oro.)
Tu hermosura y tu fe la patria libran.

JUANA. (Con el estandarte en una mano y la espada en la otra.)
Esas campanas que en el viento vibran
nos están anunciando la victoria.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Alrededores de Reims; primero y segundo término de la derecha están ocupados por una fortaleza con su puente levadizo, que se alzará en el momento que el diálogo indique; á la izquierda y en primer término, hay una capillita sobre cuya puerta se verá una imágen de la Vírgen.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, ALENZON, LA-TREMOUILLE, FLAVIO y ACOMPAÑAMIENTO.

ALENZ. Despues del acto solemne
que el pueblo de Reims espera,
puede, en mi humilde concepto,
presentarse vuestra alteza
á las huestes, y asumir
el mando de todas ellas.

LA-TREM. Cierto que un rey consagrado
por las artes de la guerra
debe mostrar de algun modo
la gratitud á sus fuerzas;
mas ved que puede ese paso
disgustar á la doncella.

ALENZ. Cuantos la conocen saben
que ella tan sólo desea
el bien del reino.

REY. Yo haré
lo que á mi reino convenga.

La-Trem. Con lo que el duque propone
el poder de Juana amengua,
y es muy grave hacer hoy nada
que moleste á su soberbia.

Alenz. La virtud mayor de todas
las suyas es la modestia.

La-Trem. Ademas, no es conveniente
que el rey en nada intervenga
hasta que esa iluminada
cumpla todas sus promesas.
Dios, la suerte ó el demonio
le acuden en la pelea;
dejadla á ver si consigue
dar cima á su gran empresa.

Rey. ¿No te parece juicioso
lo que Jorge me aconseja?

Alenz. Señor; yo tan solo quiero
que aliente vuestra presencia
al ejército que lucha
del trono vuestro en defensa.

Rey. Es que Juana, con mi nombre
á los soldados alienta.

Alenz Bien sabeis, Rey y señor,
que por vos lucha sin tregua,
dando victorias á Francia
y derrotas á Inglaterra;
pero ve todos los dias
á la muerte tan de cerca,
que si, no lo quiera Dios,
quedase en el campo muerta,
fuera bueno que vos mismo
recogieseis su bandera.

Flavio. Decir debo al señor duque,
siempre con la real licencia,
que si juzga sobrehumano
el poder de la doncella,
debe esperar que ella viva
hasta que acabe la guerra.

Alenz. Nunca nos ha dicho Juana
el plazo de su existencia.

La-Trem. Comprendo ya los temores
que al noble Alenzon inquietan;

se va convenciendo al cabo
de que Juana es hechicera,
que tiene vendida el alma
al demonio ó á quien sea,
y siente que se aproxime
el pago de aquella venta.

ALENZ. ¡Aún la seguis infamando!

LA-TREM. ¿De qué nace la tristeza
que la consume?

ALENZ. Es que teme
á la traicion que la acecha
constantemente; es que nota
que las gentes que rodean
al Rey son los caballeros
que procuraron perderla.

LA-TREM. Alenzon, de aquellos actos
dimos al monarca cuenta.

REY. Olvidad vuestras discordias
hoy que todo ha de ser fiesta.

LA-TREM. La consagracion del Rey
debe cautivar entera
nuestra atencion.

REY. Vamos, vamos,
que ya el momento se acerca.

FLAVIO. La ciudad de Reims aguarda
á la comitiva régia,
y la régia comitiva
á su buen monarca espera.

REY. Tú, Flavio, con noble celo
cuida de esa fortaleza
en que está Juana.

ALENZ. Yo mismo
vigilaré muy de cerca.

LA-TREM. Ya os sigo; voy por mí propio
á inspeccionar las trincheras
del occidente.

REY. ¿Alenzon,
á acompañarme te quedas
tú solo?

ALENZ. Pues nunca ha ido
más seguro vuestra alteza.

ESCENA II.

LA-TREMOUILLE y FLAVIO.

LA-TREM. (Ha hecho que se iba en direccion contraria del Rey y Alenzon, pero vuelve en cuanto se alejan.)
Me detengo á preveniros
que tengais mucha prudencia,
puesto que vendeis á Juana
en venganza á las ofensas
que os hizo. No os disculpeis;
sé que la ambicion no os ciega
de cobrar diez mil escudos
del oro de la Inglaterra.

FLAVIO. No es la ambicion mi pecado.

LA-TREM. Aunque vuestra voz sostenga
que el oro acuñado ayuda
en los empeños de guerra.

FLAVIO. ¡Ah señor!

LA-TREM. Sí; sé que os duele
mucho recordar la fecha
en que os llamó *miserable*
Juana.

FLAVIO. (¡Y él me la recuerda!)

LA-TREM. No ignoro que teneis medios
bastantes para perderla;
pues llevado del encono,
celebrásteis conferencias
con los jefes borgoñones
acampados aquí cerca.

FLAVIO. Pero señor...

LA-TREM. No negueis
que estais en inteligencia
con ellos; Juan Luxembourg
solo una ocasion acecha
para mandaros arqueros
á quienes hagais la entrega
de la víctima.

FLAVIO. Señor,
es falso.

LA-TREM. Sé hasta la seña
que habeis de hacer; un clarin
sonará en la fortaleza,

y vendrán los enemigos
á llevarse á la doncella.

FLAVIO. ¡Ah! no me impongais, señor,
el castigo que merezca
mi falta.

LA-TREM. Me cabe parte
en que Juana os ofendiera,
y con este rencor vuestro
debo tener indulgencia.

FLAVIO. Sois bueno.

LA-TREM. Á más, no ha logrado
vencerme esa aventurera:
bien sabe Dios que me apura
ver que nuestro rey se sienta
en un trono que sostienen
las artes de una hechicera.

FLAVIO. (Me anima.)

LA-TREM. Pero muy pocos
tenemos esta grandeza
de alma, el vulgo es ignorante
y á Juana altares eleva.

FLAVIO. Mas los ídolos del vulgo
se alzan hoy, mañana ruedan.

LA-TREM. Sólo estais entre nosotros
para acometer la empresa,
y es peligrosa; habeis visto
que Alenzon de vos sospecha.

FLAVIO. Amigos tengo...

LA-TREM. No dudo
que álguien ayudar pudiera
vuestro intento; Gaucourt mismo,
que presume de entereza
de carácter, recordando
que le humilló la doncella,
que acaso, acaso, la adora
y que quizás le desprecia,
os diese todo su apoyo;
mas ¿quién en tal cosa piensa?

FLAVIO. (Me marca el camino...)

LA-TREM. Flavio,
sufrid y tened paciencia.

FLAVIO. Pero...

LA-TREM. Reprimid el odio
que en vuestro pecho se encierra,
pues advirtiendo que estalla
me asustan sus consecuencias,
porque si soy el motivo
de aquella desdicha vuestra,
nunca puedo abandonaros
aunque ocurra lo que quiera.
FLAVIO. (Me ofrece su apoyo.)
LA-TREM. Adios.
¿Hareis pues?...
FLAVIO. Lo que convenga.
LA-TREM. Que tengais juicio!
FLAVIO. (Reprende
lo mismo que recomienda.)

ESCENA III.

PEDRO y DIONISIO.

PEDRO. (Entra en escena por el lado opuesto al que se marcha La-Tremouille y ántes que se retire Flavio.)
Les tengo miedo á estos dos
señores... y no me arredro
fácilmente.
DION. (Viene siguiéndole.) Pedro, Pedro.
¿Te has vuelto sordo?
PEDRO. ¡Ah, sois vos!
DION. Yo, que vengo tras de tí
gritando... ¿Dónde está Juana?
PEDRO. La vereis.
DION. ¿Esta mañana?
Abrázame, Pedro; así.
PEDRO. ¿Qué habeis hecho hasta el instante
en que os encuentro? No atino...
DION. Seguir el mismo camino
que el ejército triunfante.
Juana me quiso apartar
del riesgo; hube de acceder,
pues soy para obedecer
como ella para mandar.
Desechado por cobarde,

cuando tomabais un punto
iba allá, y era el asunto
que siempre llegaba tarde.
Yo, camina que camina;
vosotros huir que huir...
Pedro, no puedo vivir
si no abrazo á mi sobrina.

PEDRO. (En tono afable y sonriendo.)
¡Huir! Juana no huye jamás.

DION. Lo que es eso lo he notado:
ya la hubiera yo abrazado
si ella anduviese hácia atrás.

PEDRO. Quien no ve á vuestra sobrina
en el campo de pelea
no puede tener idea
de cómo alienta y fascina.
No existe inglés temerario
que viéndola nos resista,
ni francés, á quien su vista
no arrastre al campo contrario.
Cuando brillan los aceros
no hay que buscarla, allí está:
parece que siempre vá
cabalgando en los arqueros.
Yo que en Orleans la ví
arrollar la isleña grey
y luégo volver al rey
Jargeau, Meung y Beaugency;
yo, á quien su talento aviva,
que á su lado el riesgo afronto,
os digo que será pronto
libre la patria cautiva,
y los ingleses á nado
se volverán á Inglaterra,
porque no lleven ni tierra
de este suelo que han hollado.

DION. Gozo al escucharte así.
¿Conque vence tan tranquila?
¡Qué mujer tuve en la pila
del pueblo de Domremy!
Ya andaba Francia á porrazos.
¡Y yo tan torpe aquel dia,

no comprendí que tenía
su salvacion en mis brazos!

PEDRO. Juana es soldado aguerrido
y compasiva mujer:
es altiva hasta vencer
y humilde habiendo vencido.

DION. Lo mismo que dices de ella
he escuchado en más de un caso
á las gentes que á mi paso
hablaban de la doncella;
y suspendiendo el camino
contenerme no podía
y á los del corro decía:
¡soy su tio! y su padrino!
Algunos en gran manera
entónces me agasajaban;
pero otros muchos gritaban:
«Calle el muy bellaco, fuera!»
Me ha valido algun refresco
la doncella en ocasiones,
y he sufrido mojicones
defendiendo el parentesco.
Y al zurrarme la badana
sólo me causaba penas
que corriese por mis venas
la misma sangre de Juana.

PEDRO. Allí viene.

DION. ¿Viene allí?
¡Cómo brilla su armadura!
Ansiaba verla y me apura
que se avergüence de mí.
Yo soy siempre un campesino
y ella... ella es la salvadora
de Francia.
(Trata de ocultarse detrás de Pedro y éste le anima.)

PEDRO. Acercaos ahora.

ESCENA IV.

DICHOS y JUANA, que saliendo de la fortaleza, ha entrado en escena muy pensativa.

JUANA. ¿Quién es, Pedro? ¡Mi padrino!
(Le abraza muy cariñosa.)
DION. ¡Ah, Juana! ¡Si tú eres buena!
JUANA. ¿Mis padres y mis hermanos
me perdonan? ¿Están sanos?
¿Vos vendreis de la Lorena?
PEDRO. Dionisio nos ha seguido.
DION. Sí, fiel lo mismo que un perro;
mas he cometido un yerro...
¡Si yo lo hubiera sabido!
JUANA. ¡Ya que no les puedo ver!...
DION. Pues iré si es necesario:
siempre hago yo lo contrario
de lo que debiera hacer.
JUANA. Pobre Dionisio, desea
satisfacer mi ambicion
trayendo á mi corazon
los recuerdos de la aldea.
DION. Iré y volveré otra vez.
JUANA. No; Dios querrá que yo vaya
á sentarme al pie del haya
que dió sombra á mi niñez,
y puede que mis razones
lleven la luz á los ojos
de mi padre, y sus enojos
se cambien en bendiciones.
DION. Te bendecirá, hija mia.
JUANA. Lograr que asilo me den
mis padres; ese es el bien
que mi corazon ansía.
Guardada allí por mis rejas,
ó coseré en mi ventana
ó hilaré copos de lana
de mis sencillas ovejas.
PEDRO. Pero...
JUANA. Acercaos á mí.

Como allá os he conocido
me pienso que no he salido
del valle de Domremy.

PEDRO. Tú ocultas un sufrimiento.

DION. Pero por Dios, no te aflijas.

JUANA. ¿Qué? mis palabras son hijas
de un vago presentimiento,
y quiero en lucha obstinada
convencer al corazon
de que es cuerda la ilusion
que no ha de ver realizada.

PEDRO. Juana, tu pena me abisma
y que la expliques espero.

JUANA. No, no, Pedro; si no quiero
explicármela á mí misma.

PEDRO. Aquí estamos sin testigos:
habla, Juana, por favor,
y compartan tu dolor
dos corazones amigos.

JUANA. Ah! presiento que la audacia,
la ambicion, la torpe envidia,
me vencerán en la lidia
y causarán mi desgracia.

PEDRO. ¿Sí?

JUANA. Pero por Dios callad.

DION. ¡Pobre mchacha!

JUANA. Aún aliento;
callad mi presentimiento,
callad mi debilidad.
Aún no sufro la traicion
de la cortesana grey:
juré consagrar al rey
y hoy es la consagracion.
Vamos al templo, que es tarde,
y aunque sucumba mañana
que nadie sepa que Juana
ha vacilado cobarde.
(Fijándoee en la imágen de la Vírgen.)
Ah! perdon, Vírgen María,
que no caiga en desagrado
por esta vez que ha turbado
el orgullo el alma mia.

(Sale de escena acompañada de Pedro y Dionisio y aparta la vista de Gaucourt que entra por el mismo lado que se marchan ellos.)

ESCENA V.

GAUCOURT.

Cuando la encuentro me ofusco;
mi presencia horror le inspira,
y yo tambien ardo en ira
al verla... pero la busco.

ESCENA VI.

DICHO, y FLAVIO con dos soldados.

FLAVIO. (Gaucourt, que me ayude espero.)
Aquí os hallo.
GAUC. ¿Qué se ofrece?
¡Pero Flavio! ¡Si parece
que os han hecho prisionero!
FLAVIO. (Señalando á los soldados que le acompañan.)
Dos fieles amigos son.
GAUC. Ya reconozco su porte.
FLAVIO. Son dos grandes de la córte
que tuvimos en Chinon.
GAUC. Colocadles á distancia.
FLAVIO. (Despues de hacer una seña á los soldados para que se aparten.)
Esa pobre gente piensa
vengar una horrible ofensa
que os han hecho ante la Francia.
GAUC. No hableis de eso, Flavio.
FLAVIO. Sí.
tambien estoy ofendido
como vos y he decidido
luchar por vos y por mí.
GAUC. Yo sé luchar y vencer
dando á la patria socorro,
haced lo que yo; así borro
la ofensa de una mujer.

FLAVIO. Señor de Gaucourt, extraño
que ahora tan mal me reciba
quien tomó una parte activa
en aquel frustrado engaño.
Os ofrezco una esperanza
y no atendeis mis razones.

GAUC. Temo que envuelta en traiciones
va á brillar vuestra venganza

FLAVIO. Lo que os hace vacilar
no son las traiciones.

GAUC. ¿Pero
dudais que soy caballero?

FLAVIO. Dudo que sepais odiar.
El concentrado furor
que ántes os quitó la calma
se os ha revuelto en el alma
convirtiéndose en amor.

GAUC. ¡Qué decís!

FLAVIO. Vuestras acciones
he examinado.

GAUC. ¿Y qué veis?

FLAVIO. Gaucourt, que ya no podeis
dominar vuestras pasiones.
He penetrado hasta el fondo
de vuestra alma.

GAUC. ¡Vive Cristo!

FLAVIO. Si vuestro amor no habeis visto
será porque esté muy hondo.

GAUC. Callad.

FLAVIO. Os duele que hable,
porque...

GAUC. Si á Juana yo amára,
con su pasion me arrancára
el corazon miserable.

FLAVIO. ¿Que no sentis tal pasion?
probadlo; el medio os ofrezco;
pero la amais.

GAUC. La aborrezco.

FLAVIO. Suyo es vuestro corazon.

GAUC. Mi odio todo lo atropella
si proseguis de esa suerte.

FLAVIO. Podreis ser conmigo fuerte,

pero sois débil con ella.
GAUC. Qué quereis de mí? qué trama
inferna1 vais á tejer
en la cual temo caer?
FLAVIO. Que volvais por vuestra fama.
GAUC. Yo sé mantener mi nombre.
FLAVIO. Pero Juana os ha humillado
como hombre y como soldado.
GAUC. Aun soy soldado y soy hombre.
FLAVIO. ¿Me la entregareis?
GAUC. Jamás.
FLAVIO. Pues olvidad este encuentro.
(Ya tiene el veneno dentro,
su orgullo hará lo demas.)
(Se entra en la fortaleza seguido de los dos soldados.)

ESCENA VII.

GAUCOURT y ALENZON.

ALENZ. ¿Os ha vencido Flavio?
GAUC. ¡Qué!
ALENZ. De lejos
presenciaba la lucha:
sé que la resistencia ha sido mucha,
mas temo que os dominen sus consejos.
GAUC. Pero...
ALENZ. No sois en la firmeza un roble.
GAUC. ¡Vos me haceis ese agravio!
ALENZ. ¡Y la accion es innoble!
GAUC. ¿Pero cómo sabeis?...
ALENZ. ¡Pues no es de Flavio!
GAUC. Y vos pensais que puede
el que noble ha nacido
doblarse á la traicion?
ALENZ. El hierro cede
por la fuerza y el arte combatido.
GAUC. ¡Ser yo traidor!
ALENZ. Acaso,
que disteis en Chinon el primer paso
de vuestra perdicion.
GAUC. Mi honra está pura;

ni aquella prevencion su brillo empaña,
ni ha descendido nunca de su altura.

ALENZ. ¡Alta y firme, Gaucourt! Por eso mismo:
piedra que arranca el viento en la montaña,
baja rodando al fondo del abismo.

GAUC. ¿Qué es esto!

ALENZ. Es solamente
que os quiero detener en la pendiente.

GAUC. Ya comprendo, Alenzon, vuestros afanes;
quereis que mi honra hollada
os descubra los planes
que pueda tener Flavio, y no sé nada
de lo que intenta hacer.

ALENZ. No deis abrigo
á su maldad; pues si callais á todo
será el único modo
de que os juzgue su cómplice y su amigo.

GAUC. ¡Su cómplice!

ALENZ. ¿Os aterra?

GAUC. Pongo á Dios por testigo
de que no hay en la tierra
nada que doble mi carácter duro
incitándole al crímen,
pues de haberlo, aseguro
con estos labios que incesantes gimen,
que yo, que sólo yo me libraría
del anhelar eterno
que oprime sin cesar el alma mia
convirtiendo mi vida en un infierno.

ALENZ. Blasonais de nobleza,
y no acallais el bajo sentimiento
con que vuestra alma lidia.

GAUC. ¿Podeis vos explicarme lo que siento?

ALENZ. No os ofendais. El odio de la envidia.

GAUC. ¡Qué!

ALENZ. Venced las pasiones
inclinando ante Juana la cabeza
y elogiará Alenzon vuestras acciones.

(Alenzon se acerca á la izquierda, como quien ha oido ó visto algo que le sorprende. Gaucourt se queda en el centro del escenario profundamente preocupado.)

GAUC. Aquel, mi corazon juzga que ama;
éste por odio mi pasion define,
y horrible en tanto la tormenta brama
sin que un rayo de luz desde la altura
compasivo ilumine
mi alma, en que siempre es noche, noche os-
[cura.

ESCENA VIII.

GAUCOURT, ALENZON y PEDRO.

ALENZ. (Ántes de que entre Pedro en escena.)
(¡Es Pedro! ¡Qué agitacion
revelando está su cara!)
¿Qué ocurre?

PEDRO. Dejad que pueda...
(Respira como quien ha corrido largo tiempo.)
Señor, habeis visto á Juana.

ALENZ. Ántes la ví; pero dime...
No ibas tú con ella, habla.

PEDRO. Fuimos á la catedral,
y en la catedral estaban
muchos nobles y soldados,
el clero y el pueblo en masa;
nos abrieron paso todos,
y Juana subió las gradas
del altar, y arrodillándose
á los piés del rey de Francia,
«Señor, dijo, aquí os entrego
victoriosa vuestra espada,
ella os dé paz en el trono,
y dé gloria á nuestra patria.»
¿Qué ha dicho? pregunta entónces
un capitan á mi espalda,
y entre tanto que me vuelvo
á repetir sus palabras,
la doncella se retira,
y como están las miradas
todas fijas en el Rey
á quien monseñor consagra,
nadie vé cómo ni cuándo
del templo ha salido Juana;

por ella pregunto inquieto,
notan las gentes su falta:
«¿Cómo ha desaparecido?»
dicen muchos. «¡Allí estaba!»
y una voz que del infierno
debió salir, ronca exclama:
«¡Ha volado esa hechicera!»
Y «¡Era una hechicera Juana!»
repiten cien y cien voces
bajo las bóvedas anchas
de la catedral, en tanto
que algunas piadosas almas
dicen: «No, Juana era un ángel
y tendió al cielo sus alas.»

ALENZ. Me asombra...

GAUC. ¿Cómo se explica?...

PEDRO. Que para siempre se aparta
del mundo.

GAUC. (¡No verla más!)

ALENZ. Pero así deja manchada
su memoria?

PEDRO. Si daría
la vida por encontrarla.

GAUC. ¡Qué dices!

PEDRO. Mi vida es ella.

GAUC. Ah, miserable! la amas.

PEDRO. ¡Yo!

GAUC. (Siento celos: amor
es la pasion que me abrasa.)

PEDRO. La adoro como á la vírgen
protectora de la Francia.

ALENZ. Evitemos la traicion
como no esté consumada.

PEDRO. ¡La traicion!

ALENZ. Sí: vé delante.
(Acercándose y quedo.)
(Gaucourt, no salvais á Juana?
Ah! no lo hareis, y vos sólo
podeis perderla ó salvarla.)

ESCENA IX.

GAUCOURT.

He descubierto el oculto
padecer que me devora;
hallo que el alma traidora
con amor paga un insulto:
á Juana yo rindo culto,
mas le guardo tal rencor,
que acaso ardiendo en furor
al amor el odio venza,
que el odio no me avergüenza
y me sonroja el amor.
Me tuve por hombre fuerte
y débil he sucumbido,
que es confesarme vencido
pensar que puedo quererte:
no me doblego á mi suerte
y me obstino en no ceder,
pero es nulo mi poder,
pues si Juana es hechicera
al luchar como guerrera,
me venció como mujer.
Mal reprimidos rencores,
fugitivas esperanzas,
premeditadas venganzas,
celos, dudas y temores
convertidos en dolores,
dan al corazon tormento:
yo me arrancára contento
esta vida dolorida,
si más allá de la vida
no viviera el pensamiento.
La pasion que el alma entierra
la forjó mi orgullo vano
conforme teje el gusano
el capullo en que se encierra,
y ahora en incesante guerra
con el amor que me acosa,
juzgo que mi pasion odiosa
porque la engendró el orgullo;]

sin pensar que del capullo
sale á luz la mariposa.
(Queda meditabundo: ve entrar á Juana en escena, se aparta sigilosamente, y la contempla con fijeza.)

ESCENA X.

GAUCOURT y JUANA.

JUANA. (Alejarme pretendí,
y corriendo á la ventura
llego de nuevo hasta aquí.)
GAUC. (Esto es amor, ó es locura!)
JUANA. Gaucourt!
GAUC. ¿Qué temes de mí?
JUANA. Nada, decirlo no puedo;
vacilo sin comprender
la causa.
GAUC. ¿Y aquel denuedo?
JUANA. ¿Extrañais que sienta miedo!
¿No soy al cabo mujer?
GAUC. ¿Tiemblas!
JUANA. Nunca ante Inglaterra:
sembré semilla en mi tierra;
ya vendrán otros que sieguen.
GAUC. ¿Qué te asusta?
JUANA. Que me entreguen
mis hermanos en la guerra.
GAUC. ¡Juana!
JUANA. No es esto un delirio.
GAUC. Piensa que estás á mi lado.
JUANA. El huracan troncha el lirio...
y me habeis amenazado
con la palma del martirio.
GAUC. Ah! ¿Temes verte vendida
por Francia?
JUANA. Sin esa pena,
ya mi promesa cumplida,
abandonára la vida
con la frente alta y serena.
GAUC. Recobra el ánimo fuerte.
JUANA. ¿Á que os doleis de mi suerte

si al hablarme vos presiento
que es perderme vuestro intento?

GAUC. No, que perderte... es perderte!
y si nunca la traicion
cupo en este corazon,
hoy ménos, porque es estrecho
para albergar la pasion
que has despertado en mi pecho.

JUANA. ¿Qué!

GAUC. Me dice tu mirada
que no puedes comprender
mi pasion desenfrenada.

JUANA. Fuí siempre de vos odiada.
¿Sabeis vos lo que es querer?

GAUC. Nueva vida, nuevo ardor
siente mi pecho al latir.

JUANA. Si en él arraigó el rencor,
cómo puede ahora sentir
las dulzuras del amor?

GAUC. Desde las charcas del suelo
alzan las nubes su vuelo,
y aquellas aguas oscuras
se vuelven limpias y puras
cuando se elevan al cielo.

JUANA. La nube en vos se retrata.

GAUC. Sólo así mi amor se explica.

JUANA. Pero en su seno recata
el agua que vivifica
y la exhalacion que mata.

GAUC. Ah! Yo tu cariño invoco,
pues te amo con el calor
con que te odiaba hace poco.

JUANA. Callad, señor, estais loco.

GAUC. Sí, Juana, loco de amor.

JUANA. Nunca ese amor he sentido,
y cuantos me han conocido
si me amaban en secreto,
me han tributado un respeto
que de vos no he conseguido.
Nadie humillará la palma
de la virtud casta y pura
con que vivo en dulce calma,

que el cuerpo es la vestidura
en que llevo envuelta el alma.
Ante mi empeño tenaz
espero que ese amor calle:
soy la paloma torcaz
que cruza por este valle
buscando el ramo de paz.

GAUC. No atiendes la pasion mia!
No escuchas, Juana, mi ruego!
Yo que en tinieblas vivía
ví la luz del sol un dia
y vuelvo á quedarme ciego.
Ah! no me condenes, no;
que tu desprecio me aterra:
comprende que te amo yo
con todo el amor que encierra
un alma que nunca amó.
Y si esta pasion creciente
no asomó hasta hoy á la boca,
es porque estuvo latente
como está el volcan hirviente
en el seno de la roca.

JUANA. Callad ya; vuestra pasion
no me impídirá que huya
la senda de perdicion.

GAUC. Pero es que la gloria tuya
va á ser mi condenacion,
porque en mi alma el bien y el mal
luchan con ímpetu igual,
y si pierdo la esperanza
se inclinará la balanza
al instinto criminal.

JUANA. Volved en vuestra razon.

GAUC. ¡Me vé humillado y no cede!

JUANA. No veis en vuestra afliccion
que ese amor tan solo puede
inspirarme compasion.

GAUC. ¡Me compadece! Ha llegado
á tan miserable estado
mi alma de pasiones llena,
que inspira lástima y pena
tan sólo al objeto amado.

¡Y pude yo declarar
mis ocultos sentimientos!
¡y me pudo rechazar!...
Pero no, mis pensamientos
no los podrás publicar.

UANA. ¿Qué hareis?

GAUC. Si otro poseyera
esa alma que mi alma ansía...

JUANA. Á Dios y á la patria entera
la consagré.

GAUC. Qué quimera!
en este instante eres mia.
Que venga á salvarte ahora
el miserable escudero...

JUANA. ¡Qué decís!

GAUC. Que me devora
la ira... mas ¿cómo te quiero
conociendo que él te adora?

JUANA. Mi virtud es mi sosten.

GAUC. Con tu insensato desden
hiciste en mi corazon
tan profunda conmocion,
que ha vencido el mal al bien.
Ya estoy resuelto á perderte:
mi vanidad ofendida
empuja mi brazo fuerte,
y aunque tú seas mi vida,
sabré yo darme la muerte.

JUANA. No hay en el mundo tormentos
que abatan mi sentimientos;
y si cien vidas tuviera
una tras otra las diera
por cumplir mis juramentos.

GANC. Sigue en tu locura vana.

JUANA. Os ha de pesar mañana.

GAUC. Tu audacia me desafía,
y pues no quieres ser mia...
Flavio, Flavio, vuestra es Juana.
(Flavio se asoma á un torreon del castillo

JUANA. Estais de acuerdo los dos.

GAUC. Jura...

JUANA. Me causais espanto.

GAUC. No ser de nadie.
JUANA. No á vos;
ese juramento santo
se lo tengo ya hecho á Dios.
(Suena un clarin en la fortaleza.)
GAUC. ¡Qué es esto! Sí: la señal
de tu muerte!
JUANA. ¡Qué!
GAUC. (Arrepentido de lo que ha hecho.) ¡Y te amo!
JUANA. ¡Gaucourt!
GAUC. (Con desesperacion.) ¡Momento fatal!
Ya no hay remedio á mi mal.
JUANA. ¡Ah! ¡Mi espada!
(Quejándose de estar desarmada.)
GAUC. De ira bramo.
Sígueme: contra esa gente
lucharé.
(Echa mano á la espada, pero no llega á desenvainarla.)
JUANA. ¡Y alzan el puente!
GAUC. ¡Miserables corazones!
JUANA. ¡Presa por los borgoñones!
Nunca, no. (Le arranca á Gaucourt la espada.)
GAUC. Juana, detente.

ESCENA XI.

JUANA, GAUCOURT, FLAVIO desde la fortaleza y soldados borgoñones que entran en escena por diferentes puntos.

JUANA. (Dirigiendo la vista á la imágen que hay en escena.)
Vírgen, que salga yo ilesa.
GAUC. No os acerqueis.
JUANA. (Profundamente arrepentida.) ¡Qué os pedía!
¡Ah! faltára á mi promesa
vertiendo sangre francesa.
¡Perdon, perdon, madre mia!
(Arroja la espada al suelo.)
FLAVIO. Prendedla, que Dios lo quiere.
GAUC. (Ap. y como quien acaba de concebir una esperanza.)
(Así salvarla consigo.)

(En voz alta.)
Nadie acercárseme espere.
(Muy quedo á los soldados.)
Cogedme, soy su enemigo.

ESCENA XII.

DICHOS y PEDRO.

PEDRO. ¡Juana presa! Flavio, muere.
(Le dispara una ballesta, y Flavio queda muerto, quedando oculto á la vista del público: al mismo tiempo un soldado borgoñon da una estocada en el costado á Pedro.)

JUANA. ¡Ah! ¡Pedro!
(Tratando de advertirle del peligro.)

PEDRO. (Sintiéndose herido.) Hierro homicida.

UN CAPITAN. Vamos.

GAUC. ¡Sufro tanta ofensa!

JUANA. ¡No poder curar su herida!

PEDRO. Aún tengo un resto de vida
y lo gasto en tu defensa.
(Los soldados se llevan á Juana y Gaucourt; Pedro hace esfuerzos por seguirlos, pero no puede y cae al suelo.)

ESCENA XIII.

PEDRO.

(Viendo á Juana y á los soldados que se alejan.)
¡Ya corren!... ¡Y yo no corro!...
Hoy que necesito brío
lo pierdo todo.
(Mirando hácia el lado por donde él entró en escena.)
¡Dios mio,
que lleguen pronto! ¡Socorro!
Yo me adelanté veloz...
(Como agobiado por el dolor.)
¡La herida debe ser honda!
(Con desesperacion y fija la mirada en el punto de donde puede recibir auxilio.)

¡Venid! ¡Que nadie responda!
¡Eh! ¡Ya me falta la voz!
(Teme que no va á poder dar la noticia para que acudan en socorro de Juana.)
¿Quién les anuncia?... ¡Qué herida!
(Fijándose en el lado por donde Juana salió de escena.)
¡Van volando!... Si pudiera...
(Hace un esfuerzo extraordinario para levantarse pero no puede tenerse y vuelve á caer.)
¡Favor! ¡Ah! ¡Que no me muera,
que le hace falta mi vida!

ESCENA XIV.

PEDRO, ALENZON, LA-TREMOUILLE, DIONISIO, CABALLEROS y SOLDADOS.

ALENZ. ¡Pedro!
PEDRO. ¡Señores, amigos!
ALENZ. ¡Herido! ¡Tu sangre mana!
PEDRO. ¿Qué importa? Salvad á Juana,
presa por los enemigos.
DION. ¡Ella!...
ALENZ. El peligro no huyo.
DION. ¿Y tú, Pedro?
PEDRO. Id en el acto.
LA-TREM. Dejadla: terminó el pacto
y cobra el diablo lo suyo.
ALENZ. Quien tenga honor que me siga.
Á luchar!
DION. Aunque cobarde,
lo que es hoy no llego tarde.
PEDRO. Allá van. Dios les bendiga.
(Quedan solos en escena Pedro y La-Tremouille: el primero expresa con la fisonomía la esperanza de que salven á Juana, mientras que en la actitud del segundo se ve pintado el deseo de que lleguen tarde en su auxilio.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Prision: una puerta en el fondo con verja de hierro, á través de la cual se ve una galería: otra puerta á la derecha que da paso á la habitacion donde se halla Juana, y una r... á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

GAUCOURT y DIONISIO.

Gauc. ¿Conque dice el de Alenzon
que aguarde?
Dion. Espera vencer
al señor de La-Tremouille
y lograr luégo del rey
que rescate á mi sobrina;
dándole en pago al inglés
los prisioneros que ella hizo
en la lucha de Patay.
Gauc. Entre ellos están los condes
Warvick y Suffolk... Pardiez,
pero eso pronto, muy pronto.
Dion Yo, aunque torpe, le hice ver
el peligro, y él me dijo
que me volviese otra vez
y os anunciara que está
agonizando el poder

del ministro, y que en seguida
quien manda en la córte es él.

GAUC. Si lograra...

DION. El señor duque
tiene por Juana interés
y hará todo cuanto pueda,
que no es su afecto de ayer.

GAUC. Me diríges un reproche?

DION. Sé que la quereis tambien,
y entre los dos de seguro
la libertais.

GAUC. No lo sé.

DION. Vamos, tened esperanza:
si yo la llego á perder...

GAUC. Alenzon pudo salvarnos
despues de presos.

DION. No á fé.
Contra todos sus deseos
tuvo que retroceder;
vuestra escolta iba á caballo,
sus hombres iban á pié
y aun así, llegó á meterse
entre el ejército inglés.

GAUC. Pero tú nos alcanzaste.

DION. Porque en tocando á correr
nadie me gana, y con todo
yo sé bien cómo llegué;
y el jefe que os escoltaba
debió este cálculo hacer:
«Eran dos los prisioneros,
adelante, serán tres.»

GAUC. ¿Qué más dijo?

DION. ¿Quién?

GAUC. El duque.

DION. (Tratando de recordar.)
¿Me dijo algo más? ¿Á ver?...
¡Ah! le llenaron de asombro
los pliegos que le llevé;
las notas en que se prueba
claro, que al ministro aquel
le han regalado el Poitou
en pago de no sé qué.

GAUC. (¿Yo secundaba sus planes
sin comprenderlo!)
DION. ¿Hice bien
el encargo?
GAUC. Sí, Dionisio,
mas nadie debe saber...
DION. ¿Ignorais, señor Gaucourt
que soy un perro en lo fiel?
pero no ladro, de modo
que no me puedo entender
con estos ingleses: ellos
han aprendido en francés
á llamarme imbécil; lo oigo
como quien oye llover,
y con la fama de imbécil
sirvo á mi Juana y *amen*.

ESCENA II.

GAUCOURT, DIONISIO y JUANA.

GAUC. Ella viene para acá:
anímala.
DION. Ántes la ví:
¡pues iba yo á estar aquí
sin haberla visto ya!
JUANA. ¿Sabeis, señor, que han doblado
las guardias de mi prision?
GAUC. No advertí tal precaucion.
JUANA. Al ménos por aquel lado.
DION. (Despues de acercarse á la puerta del fondo.)
Tambien por aquí se nota
más gente.
JUANA. Tanto me encierra
que, no lo dudo, Inglaterra
ha sufrido otra derrota.
GAUC. ¿Dices?
JUANA. Que sé en mis prisiones
cuando aumentan sus sonrojos;
pues si dobla los cerrojos
es que vencen mis legiones.
DION. Si pegan cada porrazo

que el inglés anda sin tino.

GAUC. Francia va por el camino
que le señaló tu brazo;
y romper el yugo espera,
aunque humilla su arrogancia
que en este suelo de Francia
te encuentras tú prisionera.

JUANA. No siente esa humillacion.

GAUC. ¡Ah! Son fundadas tus quejas,
pues aún no ha roto las rejas
que defienden tu prision.

JUANA. No censuro su abandono;
y si libre fuese un dia
á combatir volvería
por la patria y por el trono:
olvidándome de mí
busqué el bien de los demas;
nada ambicioné jamás,
nada en el mundo perdí.
Vos quereis salvarme ahora,
pero aunque me odiarais vos,
siempre esperára, que Dios
nunca abandona al que llora.

DION. (Quedo, con temor, y disimulando que se dirige á Gaucourt.)
El guardian algo recela.
¿Veis? De allí no se separa.
¡Válgame Cristo!... ¡Qué cara
tan fosca de centinela!

GAUC. Mas allá un grupo de arqueros
nos vigila, ¿no lo ves?

JUANA. Ya os lo dije.

GAUC. ¿Si los tres
seremos sus prisioneros?

DION. ¿Y no hay imbecilidad
que valga?

GAUC. ¡Y en qué ocasion!

DION. Yo estaba en esta prision
gozando de libertad.

JUANA. (Consolando á Dionisio.)
Vos vereis tiempos mejores.

DION. ¡Si está tu protector preso!...

GAUC. Tu partida y tu regreso
han infundido temores.
DION. Dije que iba á Domremy.
JUANA. Por no ser cierto me aflijo.
DION. El señor duque me dijo:
«Vuelve á Rouen» y me volví.
DION. Juana, no tengo reposo
hasta ver si han descubierto
la trama, y saber de cierto
si yo les soy sospechoso.
DION. Pues valga por lo que valga,
voy á salir... si me deja
el guardian.
(Junto á la puerta y muy humildemente.)
¿Me abrís la reja?
(El centinela deja el paso franco.)
GAUC. ¡Ah! le permiten que salga?

ESCENA III.

JUANA y GAUCOURT.

JUANA. Vuestro propio pensamiento
os tortura.
GAUC. Es menester
que no lleguen á saber
la esperanza que alimento.
JUANA. Como jamás el engaño
pudo el alma concebir,
me duele veros fingir
en mi bien y en vuestro daño.
GAUC. Y áun quebrantar no consigo
esos hierros que te oprimen.
¡Ay, cuánto sufro! Mi crímen
bien merece este castigo.
Yo, en otro tiempo altanero,
gozo viéndome humillado;
con la mentira he logrado
llegar hasta carcelero.
Y despues de envilecido,
aunque logres evadirte,

nunca podré resarcirte
de las penas que has sufrido.

JUANA. Nuestra esperanza postrera
el duque en su mano tiene,
si no llega es que conviene
que siga yo prisionera.

GAUC. ¡Ah! si pudiese...

JUANA. Ya veo
cuánto vuestra alma me estima;
y ese cariño me anima
á expresaros un deseo.

GAUC. Dí.

JUANA. Mi escudero Daulon,
el que dejamos herido
en Reims, seguirme ha querido
tambien en esta ocasion.

GAUC. ¿Cómo has podido indagar
que cerca de tí tenías
á Pedro?

JUANA. Le ví hace dias,
pero no me pudo hablar.

GAUC. Le trajeron aquí preso.

JUANA. Dionisio le vió dos veces,
mas...

GAUC. Han pedido tus jueces
que declare en tu proceso.

JUANA. Pero...

GAUC. Está incomunicado.

JUANA. ¡Señor!

GAUC. ¡Tú le quieres ver!

JUANA. De fijo se hizo prender
por llegar hasta mi lado.
Es mi amigo y compañero;
junto á mi casa ha nacido;
quedó por salvarme herido;
sí, Gaucourt, sí, verle quiero.

GAUC. Los honores que adquirí,
mis bienes, mi vida entera,
todo en fin, Juana, lo diera
si habláras así de mí.
Con la envidia mi alma lidia
en batalla interminable,

mas no es pasion miserable
cuando tú medias, la envidia.
Perdona si mi pasion
suele al labio rebosar,
que no la puede guardar
oculta mi corazon.

JUANA. Desventurada hermosura
esta que el alma os subleva
y vuestro cariño lleva
mas allá de la locura.
Estimo á Pedro, señor;
verle aquí mi vista ansía;
le quiero... como os querría
si no me hablaseis de amor.
Á él le halaga, no le aterra,
la pureza de mi palma;
vos quereis prender el alma
porque en el cuerpo se encierra.
Ya que veis las agonías
que torturan mi existir
no pretendais añadir
vuestras penas á las mias.
Sola, triste y prisionera
del llanto agoto las heces;
acaso hoy mismo mis jueces
han decretado que muera.
Y en este penar profundo,
y en tan grande soledad,
es horrible crueldad
hablar del amor del mundo.
Si en la vida he sido fuerte,
hoy no sucumbo ante vos,
que no hay más amor que Dios
á las puertas de la muerte.

GAUC. ¡Morir tú!

JUANA. ¿No estoy vencida?

GAUC. Mi amor salvarte desea.

JUANA. ¿Temeis que mi muerte sea
más amarga que mi vida?

GAUC. Libertarte; ese es mi anhelo.

JUANA. Soñad.

GAUC. ¡Es un desvarío!

PEDRO. (Desde la puerta del fondo.)
¡Ah! ¡Juana! ¡Juana!
JUANA. (Sorprendida al oir la voz de Pedro.) Dios mio,
gracias por este consuelo.

ESCENA IV.

JUANA, CAUCOURT y PEDRO.

GAUC. (¡Es posible!)
PEDRO. Estoy pagado
de todo cuanto he sufrido.
GAUC. Hace poco no dejaban
que te hablase ni yo mismo.
PEDRO. Pues hoy, sin saber la causa,
dispongo de mi albedrío
de tal manera, que puedo
hasta llegar á este sitio.
JUANA. ¿Si el bien de tu libertad
será de males indicio?
PEDRO. No.
GAUC. (Su temor es fundado.)
PEDRO. (Ap. á Jurna.) (La libertad que consigo
coincide con el arresto
de Gaucourt, que siempre ha sido
tu contrario.)
JUANA. (Alto.) Tú no sabes
que hoy es el único amigo
que tengo en Rouen!
GAUC. ¡Desconfía
de mí!
JUANA. No os son más propicios
ingleses y borgoñones,
aunque en opuesto sentido.
GAUC. ¡Qué dices!
JUANA. Se han enterado
de la mision de Dionisio.
GAUC. ¡No me engañaba!
JUANA. Realizan
vuestro arresto tan temido.
GAUC. ¡Y no poder oponerme!
JUANA. ¿Cómo sabes tú?

PEDRO. Lo afirmo:
quien dictó mi libertad,
á los centinelas dijo
que el señor de Gaucourt tiene
por prision este castillo.

GAUC. ¡Horrible contrariedad!
¡Pero cómo me resigno
á sufrirla!

JUANA. Que no tenga
yo que alentaros.

GAUC. Maldito
orgullo, al que el cielo opone
la impotencia por castigo.

JUANA. No desespereis...

GAUC. Recuerdo
los tormentos que has sufrido
y presagio otros mayores...
y tus tormentos son mios.

JUANA. ¡Gaucourt!

PEDRO. (¡Él la amenazó
con la palma del martirio!)

GAUC. ¡Preso yo cuando podía
utilizar los servicios
de Pedro, de este valiente
que siempre te ha sido adicto!

PEDRO. ¡Señor!...

GAUC. ¿Y cómo te dejan,
conociendo tu cariño
hácia Juana?

PEDRO. Yo he rogado
tanto, que lo he conseguido.

JUANA. ¡Pedro!

GAUC. (Á Juana.) Mas la concesion
redunda en tu beneficio;
no, no tratan de oprimirte:
¡Ah, qué esperanza! Respiro.
¡Dios de bondades, haced
que yo sea el oprimido
solamente, pues si es Juana,
va á ser doble mi suplicio.

ESCENA V.

JUANA y PEDRO.

PEDRO. ¡Qué cambio!
JUANA. ¿Estás asombrado?
PEDRO. Á no recordar sus retos,
te juro que de buen grado
le hubiera aquí revelado
mis más profundos secretos.
JUANA. Bien puedes.
PEDRO. El de Alenzon
pretende la revision
de tu proceso y yo fio...
JUANA. Viene de verle mi tio,
esa fué su comision.
PEDRO. ¿Qué dice?
JUANA. Hoy tal vez avanza
á rescatarme.
PEDRO. Es su anhelo.
JUANA. Y yo tengo confianza
en Dios, y aguardo del cielo
el logro de mi esperanza.
PEDRO. ¡Ah! Mi corazon espera
que otra vez libre batalles.
JUANA. Pues olvida tu quimera;
quizás mi pobre bandera
no vuelva á cruzar los valles.
PEDRO. Me llenas de confusiones.
JUANA. No aumente tus aflicciones
lo que te digo con calma:
acaso tan solo el alma
pueda romper sus prisiones.
PEDRO. ¡Morir!
JUANA. Descansa quien muere
si su fe en Dios no vacila.
PEDRO. Harás que me desespere.
JUANA. ¿No ves que aguardo tranquila?
PEDRO. ¡Pero Juana!...
JUANA. Dios lo quiere.
PEDRO. Él tus pensamientos borre.

JUANA. Yo me he querido librar.
PEDRO. Sí; mas...
JUANA. Mi vida recorre.
¿No me orrojé de la torre
del fuerte de Beaurevoir?
Por más que no se conciba,
en aquella tentativa
y en otras en que he buscado
mi libertad, he quedado
siempre prisionera y viva.
Y puesto que no consigo
romper mis duras cadenas,
humilde y cautiva sigo,
que Dios me manda estas penas
en daño de mi enemigo.
Acaso pronto la suerte
de mi existencia decida;
y siento el ánimo fuerte,
pues si yo muero, mi muerte
dará á mi patria la vida.
PEDRO. ¡La amas! ¡amor infecundo!
¡Ese cariño profundo
ve la patria con desden!
JUANA. No es virtud hacer el bien
buscando el premio del mundo.
PEDRO. ¡Quizás la sangrienta palma
del martirio!...
JUANA. ¡Eso te altera!
Recobra, Pedro, tu calma.
¿Qué importa que el cuerpo muera
cuando vive eterna el alma?
PEDRO. ¡Embargan tus facultades
tan fúnebres pensamientos!
JUANA. Sólo te digo verdades,
pues se vuelven realidades
todos mis presentimientos!
Si acaso una duda anida
dentro del alma escondida,
es porque aguardo el perdon
envuelto en la bendicion
de los padres de mi vida.
PEDRO. ¡Qué dices!

JUANA. Álguien mi duelo
mitigará.
PEDRO. ¡Tu fe espera!...
JUANA. Álguien vendrá de aquel suelo:
Dios no dejará que muera
sin este dulce consuelo.
PEDRO. No, Juana, el perdon te envía
tu padre, mas ser me apura
mensajero de agonía,
cuando juzgué que sería
mensajero de ventura.
JUANA. ¿Has visto á mis padres?
PEDRO. Sí;
rogando siempre por tí.
JUANA. ¿Ah, fuiste?
PEDRO. Convaleciente
me encaminé diligente
al pueblo de Domremy.
JUANA. ¿Y ellos?
PEDRO. Piden que los dones
de su cariño recibas.
JUANA. ¡No reprueban mis acciones!
PEDRO. Te colman de bendiciones.
JUANA. ¡Ah!
PEDRO. Pero quieren que vivas,
y ruegan por tu existencia
tus hermanos, tus parientes,
que reclaman tu presencia,
y el valle, el rio y las fuentes
están tristes con tu ausencia.
JUANA. ¿Es un cariñoso engaño?
PEDRO. ¿Cómo mentir en tu daño?
Mi estancia ha de atestiguar
un ramo del olivar
donde pace tu rebaño.
JUANA. Él mis recuerdos aviva.
Dame, sí. ¡Del cielo cae!
(Ha cogido el ramo y lo besa con entusiasmo.)
Creció en la patria cautiva.
¡Bendito ramo de oliva
y bendito quien lo trae!
PEDRO. Con tu entusiasmo no ves

cuánto sufro.

JUANA. ¿Por si muero?

PEDRO. Comprende nuestro interés.

JUANA. No te acongojes; espero
que nos veremos despues.

PEDRO. No me resigno á perderte.

JUANA. Á quien la fe le hace fuerte
en brazos de Dios se arroja,
Él que me alentó, que escoja
entre mi vida y mi muerte.

ESCENA VI.

JUANA, PEDRO y el PADRE ISAMBERTO.

ISAMB. ¡Juana!

JUANA. ¡Padre Isamberto!
Vuestra vista me llena de alegría.
¡Mi confesor!

PEDRO. (¿Será el peligro cierto?)

JUANA. (Procurando animar á Pedro.)
Dicen que son feroces
mis pobres enemigos, y en un dia
me llevan concedidos tantos goces!
(Tratando de explicar al Padre Isamberto la intimidad con Pedro.)
Éste que veis, señor, es mi escudero,
mi amigo y compañero
que vino de mi aldea,
y despues de sufrir largas prisiones,
ha llegado hasta mí porque desea
darme las paternales bendiciones.
De un lado el confesor, de otro el amigo...
¿Si fueran con mi patria humanitarios,
como lo son conmigo,
que pudiera pedir á mis contrarios?

ISAMB. ¡Corazon sin rencores,
alma pura sin nubes ni celajes,
olvida los ultrajes
y tan sólo recuerda los favores!

PEDRO. Padre, vos que animais su fe sincera,

me podeis consolar. ¿No es torpe trama
que á quien ferviente las virtudes ama,
hayan de condenar como hechicera?

ISAMB. ¡Ay! Hijo, los mortales
se equivocan indoctos ó doctores;
queriendo hallar el bien, encuentran males;
buscando la verdad, hallan errores;
si la pasion sus decisiones guía,
el juicio de lo justo les separa,
porque la misma luz con ser tan clara,
no alumbra al ciego en su penosa vía.

PEDRO. ¡Y Dios consiente!...

JUANA. Abismo tan profundo
no absorba tu razon.

PEDRO. ¡Profundo abismo!

ISAMB. Jesús vino á este mundo
y murió en una cruz; y era Dios mismo.

JUANA. ¡Ah!

PEDRO. ¡Qué triste consuelo!

ISAMB. Dios es sumo poder: Él nunca yerra:
sufrió muerte afrentosa en este suelo
y repara en el cielo
todas las injusticias de la tierra.
¿Quién osa penetrar en los arcanos
de su saber divino
cuando alumbra el camino
la mezquina razon de los humanos?
Acaso allá en la altura
la dicha terrenal es desventura.

JUANA. ¡Padre!

ISAMB. Semilla que la tierra abriga,
que la lluvia del cielo la bendiga,
y cuanto más luchó con el enjuto
suelo, mayor será su sano fruto,
y más elevará su rubia espiga.

PEDRO. (Quedo al Padre Isamberto.)
(Vos sabeis la sentencia
que dictan contra Juana?)

ISAMB. (Nada me han dicho.)

JUANA. Padre, soy cristiana
y no me arredra el fin de mi existencia.

PEDRO. ¿Qué nos puede indicar vuestra venida?

ISAMB. Ni yo mismo lo sé.
PEDRO. Ved mi impaciencia.
Vuestra dulce palabra el riesgo advierte
y prepara á morir.
ISAMB. Porque la vida
es la preparacion para la muerte.
JUANA. Yo que latir en mí la vida siento,
quiero rezar con vos; mis oraciones
á Dios elevará ferviente acento
si quereis otorgarme bendiciones.
ISAMB. ¡Hija!
JUANA. Dios os ungió desde la altura,
y pues vais á escuchar mis confesiones,
interceded por mí si mi alma es pura.
ISAMB. Vamos.
PEDRO. Aquí te espero.
JUANA. (Á Pedro muy cariñosamente.)
Entre Dios y un mortal Dios es primero.

ESCENA VII.

PEDRO y GAUCOURT.

GAUC. Dí, Pedro. ¿Quién va con Juana?
PEDRO. ¡Su confesor!
GAUC. No me inquieta;
hace cuatro ó cinco dias
está rogando que venga.
PEDRO. ¿Pero y vos?
GAUC. Mi situacion
me obliga á temer por ella.
PEDRO. ¿Estais preso?
GAUC. Por lo ménos
no quieren que salga fuera
del castillo: es la consigna
que tienen los centinelas;
mas ni me quitan la espada
ni me hacen nada que pueda
poner en claro que sufro
el peso de una sentencia.
PEDRO. ¿Y qué pensais?
GAUC. Que nos temen:

que Alenzon quizás se acerca
para proponer un cange
de prisioneros de guerra
y lograr á cualquier precio
rescatar á la doncella,
y los ingleses mezquinos
no quieren soltar su presa,
y juzgan muy peligroso
que con el duque me vea.

PEDRO. ¿Decid, señor, es posible
que tan pronto el duque venga?

GAUC. Acaso, porque Dionisio
tuvo que dar grandes vueltas.

PEDRO. ¿Quereis que vaya en su busca?

GAUC. No; si tampoco te dejan
salir del castillo.

PEDRO. Entónces...
¿Qué hacer?

GAUC. ¡Ah! Dionisio llega
y espero que ha de valernos
para dar cima á la empresa.

ESCENA VIII.

GAUCOURT, PEDRO y DIONISIO.

DION. Vengo más muerto que vivo:
vamos, me faltan las fuerzas.

GAUC. ¿Qué ocurre?

DION. Si no lo creo;
pues digo si lo creyera...

PEDRO. Pero explicadnos...

GAUC. Advierte
nuestra angustiosa impaciencia.

DION. La ciudad de Rouen parece
que se ha vestido de fiesta:
he visto varios tablados
que aguardan ya la presencia
del obispo de Veauvais
y los nobles de Inglaterra.
y en la plaza del mercado
están hacinando leña,

matas secas y sarmientos.
GAUC. ¿Sí? ¿Para quién es la hoguera?
DION. Pero si esto es horroroso!
PEDRO. Hablad.
GAUC. Dinos lo que sepas.
DION. Me han dicho: «Van á quemar
hoy á Juana la hechicera.»
PEDRO. ¡Ah!
GAUC. ¡Juana!
DION. Si no es posible!
¡Quemarla cuando es tan buena!
Me conocieron sin duda,
y por gozarse en mi pena...
¡Infames! ¿Verdad que es falso?
Dios les tome extrecha cuenta.
PEDRO. (Ap. á Gaucourt.)
¡Si fuese cierto!
GAUC. ¿Qué? Calla.
DION. ¡Pedro, tú no me consuelas!
¡Y vos nada me decís!
GAUC. ¡Ah! Dionisio, no, no temas...
Pero es preciso que corras
camino de la Turena,
á ver si llega Alenzon
de esta parte, y si le encuentras,
dile que esperando quedo;
dile que no se detenga,
que los instantes son siglos
para Gaucourt que le espera.
DION. ¿Pero vendrá?
GAUC. De seguro.
DION. ¿La salvaremos?
GAUC. Sin tregua.
(Gaucourt ha acompañado á Dionisio hasta la puerta.)
PEDRO. ¡Qué desdicha!
GAUC. Pedro amigo,
lloremos: ya solo hay penas.
(Abraza á Pedro, olvidando sus celos y la diferencia de clase.)

ESCENA IX.

GAUCOURT, PEDRO, JUANA É ISAMBERTO.

JUANA. Esa amistosa efusion
los rencores satisfaga.
PEDRO. (Ocultemos afliccion
tan honda.)
JUANA. Cuánto me halaga
vuestra reconciliacion.
PEDRO. El rencor aquí no asoma.
GAUC. Al escuchar tus acentos
diferente forma toma.
ISAMB. Aquí se aspira el aroma
de tus nobles sentimientos.
JUANA. Vuestras frases alegría
infunden al alma mia
como ese rayo luciente
le da pureza al ambiente
en esta cárcel sombría.
Nada á mi ventura iguala;
ved, el campo reverdece,
el ave trinos exhala,
y hasta el espacio parece
que se ha vestido de gala.
¡Golondrina! viajera,
como tú volar ansío;
mi nido acaso me espera
en donde la primavera
jamás agosta el estío.
GAUC. Mas yo mi esperanza fundo...
PEDRO. Nuestro afecto es infecundo.
JUANA. Si muero moriré en calma.
ISAMB. Dejadla. ¿No veis que su alma
no pertenece á este mundo?

ESCENA X.

DICHOS y SOLDADOS.

GAUC. ¡Gente armada! Mi existencia

diera.

PEDRO. Todo está perdido.

ISAMB. Hijos.

JUANA. No espereis clemencia.

CAP. El tribunal ha pedido
que leais vos esta sentencia.

GAUC. ¡Otro escarnio! ¡aciaga suerte!
(Leyendo para sí.)
Ah, qué horror, almas de roca.
Aunque vencido, soy fuerte,
y este anuncio de su muerte
no lo pronuncia mi boca.
Rompo la sentencia fiera.

JUANA. (Arrancándola de su mano y entregándosela á Isamberto.)
¡Ah, qué haceis!

ISAMB. Eso os perdiera
sin conseguir su perdon.

GAUC. Si ya mi única ambicion
es perecer en su hoguera.

JUANA. ¡Ah, debo morir quemada!

PEDRO. Juana del alma!

ISAMB. Hija mia!

JUANA. La sentencia me anonada:
qué hice yo, Vírgen María
que así estoy abandonada!

ISAMB. La pena no ha de turbar
esa alma siempre serena.

JUANA. Todos me habeis de animar.

PEDRO. Qué aliento te puede dar
el que se muere de pena.

ISAMB. Piensa en Dios.

JUANA. Mi fe es profunda.

ISAMB. (Á los soldados.) Dejad la saña iracunda
y un crucifijo llevad
al sitio...

JUANA. (Suplicante á los soldados.) Es la voluntad
de una pobre moribunda.
(Dos soldados salen de la escena.)
Pondré en él los ojos fijos
hasta que se apaguen muertos,
que Dios en los crucifijos

tiene los brazos abiertos
para abrazar á sus hijos.

ISAMB. El alma en el cuerpo anida
y vuela del bien en pos;
alma que está en Dios sumida
al despertar á otra vida
se encuentra en brazos de Dios.

JUANA. ¡Qué pensamientos tan sabios!
Borre una cruz mis agravios:
que mis culpas le confiese,
que la estreche, que la bese
mientras que puedan mis labios.
¡Una cruz!

GAUC. Calmo su anhelo:
pues yo no he de hacer más guerra,
(Rompe la espada y la entrega la parte de la empuñadura, que está hecha en forma de cruz.)
mi espada te dé consuelo:
si no te libró en la tierra,
podrá salvarte en el cielo.

JUANA. Gracias por tanto favor.
Fuí guerrera... esta es mi cruz.
Dios os bendiga, señor;
esta es la fuente de amor;
de aquí dimana la luz.

CAP. Padre, que el verdugo espera.

JUANA. ¡La hoguera! qué horror, la hoguera!

ISAMB. Pide fuerzas sobrehumanas.
(Se oye doblar campanas.)

JUANA. Ah!

PEDRO. Ya doblan las campanas.

JUANA. Callad: me dicen que muera.
Dulces voces de consuelo
que con piedad tan notoria,
entre la tierra y el cielo
me hablan á mí de la gloria
y á vosotros de mi duelo.
Su doblar dice: «Adelante.»
(Á Pedro.) No llore tu amistad tierna.
(Á Gaucourt.) No sufrais vos anhelante.
La muerte dura un instante,
mientras la gloria es eterna.

(Á Isamberto.) Padre, vuestra mano ungida.

ISAMB. Dios te premie, hija querida.

JUANA. (Besa la mano del Padre Isamberto, y busca con la vista á Dionisio.)

¿Y Dionisio? No ha venido.
¡Pobre! No hubiera podido
resistir mi despedida.
(Á Pedro.) Dí á mis padres los destellos
de la fe que siempre ví
con sus resplandores bellos;
diles... que rueguen por mí,
que yo rogaré por ellos.
Vamos.

GAUC. Decidle que aguarde.

PEDRO. Seguirte fué mi destino.

JUANA. No es un valeroso alarde;
es que ya se me hace tarde
para emprender mi camino.
De la hoguera sobre el haz
vereis que animan mi faz
mis sentimientos cristianos,
porque llevo entre mis manos
la cruz y el ramo de paz.

ESCENA XI.

GAUCOURT.

Á solas con mi baldon...
Ella hácia la muerte avanza...
Si va á estallar mi razon...
¡Y conserva la esperanza
el rebelde corazon!
¿Á qué voy? ¿Y á qué me quedo?
Su mirada era mi dia;
ya nada soy, nada puedo;
siempre solo, tengo miedo;
mi vida es noche sombría.

ESCENA XII.

GAUCOURT, ALENZON y DIONISIO.

ALENZ. Gaucourt.
GAUC. ¡Vos!
ALENZ. Cobrad la calma.
¿Y Juana?
GAUC. Fué por su palma.
(Dionisio, que desde la puerta del fondo ha escuchado con ansiedad las palab.as de Gaucourt, se marcha precipitadamente.)
ALENZ. Vengo á rescatarla.
GAUC. Es tarde.
Esas llamas en que arde
quemarán siempre mi alma.
¿Veis á la vírgen guerrera?
ALENZ. Maldito quien tal consiente.
GAUC. Entre el humo de la hoguera
se eleva resplandeciente,
y me dice, espera, espera.
ALENZ. ¡Gaucourt!
GAUC. Su patria era el cielo.
ALENZ. Pero...
GAUC. Llévate un consuelo;
te darán sus bendiciones
todas las generaciones
que broten en este suelo.

FIN DEL DRAMA.

AUMENTO A LA ADICION DE 1.° DE SETIEMBRE DE 1874.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
El que todo lo quiere..................	1	D. Leopoldo Vazquez...	Todo.
Por dinero baila el perro..............	1	Cárlos Frontaura....	»
Un marido soltero......................	1	Antonio Zamora. ...	»
Á mí qué...............................	2	Eduardo J. Cortés...	»
El Manco de Lepanto....................	2	Enrique Zumel......	»
Los bandos de Cataluña.................	2	Enrique Zumel......	»
Carracuca..............................	3	N. N...............	»
El ángel del hogar.....................	3	Ángel Torromé......	»
El árbol sin raíces....................	3	Herraz y F. Bremon..	»
El estómago............................	3	Enrique Gaspar.....	»
La Vírgen de Lorena.	3	Juan José Herranz...	»
La hiedra de la masía..................	4	Federico Soler.......	»
Quimeras de un sueño. (Mágia.).........	4	Enrique Zumel. .. .	L. y M
ZARZUELAS.			
El velo de encaje......................	3	P. y Brañas y F. Cab.	L y M.
El maestro de Ocaña....................	3	Cárlos Frontaura....	Libro.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.